





**FAKE NEWS**  
**¿AMENAZA PARA LA DEMOCRACIA?**



LUIS ALMAGRO /CÉSAR CANSINO /  
RICARDO TROTTI /ASDRÚBAL AGUIAR /

**FAKE NEWS**  
**¿AMENAZA PARA LA DEMOCRACIA?**

*Cuadernos de la Cátedra Mezerhane*  
*Democracia, Estado de Derecho y Derechos Humanos*

Miami Dade College  
Editorial Jurídica Venezolana International  
Caracas, 2020

**Cuadernos de la Cátedra Mezerhane sobre Democracia, Estado de Derecho y Derechos Humanos**

1. Allan R. Brewer-Carías, *Principios del Estado de derecho. Aproximación histórica*, 2015, 360 páginas.
2. Asdrúbal Aguiar A., *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos*, 2017, 242 páginas.
3. Fortunato José González Cruz, *Ciudad y política: El lugar de la democracia en un mundo globalizado. Un ensayo sobre la politeia aristotélica*, 2019, 149 páginas.

© LUIS ALMAGRO/CESAR CANSINO/  
RICARDO TROTTI/ASDRÚBAL AGUIAR  
Editorial Jurídica Venezolana International  
ISBN: 978-1-63625-533-0  
Editorial Jurídica Venezolana  
Avda. Francisco Solano López, Torre Oasis, P.B.,  
Local 4, Sabana Grande,  
Apartado 17.598 - Caracas, 1015, Venezuela  
Teléfono 762-25-53, 762-38-42. Fax 763.5239  
<http://www.editorialjuridicavenezolana.com.ve>  
Email [fejv@cantv.net](mailto:fejv@cantv.net)

Impreso por: Lightning Source, an INGRAM Content company  
para: Editorial Jurídica Venezolana International Inc.  
Panamá, República de Panamá.  
Email: [ejvinternational@gmail.com](mailto:ejvinternational@gmail.com)

Diagramación, composición y montaje  
Por: Mirna Pinto, en letra  
Times New Roman 14, Interlineado 16, mancha 11.5x18

*“Estos llevan las palabras medidas por palabras: ponen muy a menudo iguales que respondan á iguales, contrarios a contrarios, semejantes a semejantes. Todo su artificio y materia es matizar las palabras, afectar las sentencias, para recrear y mover a los lectores, y no para enseñar la verdad, con un estilo más apto para pompa que para pelea. Ponen toda su eficacia en el corriente y ruido de la oración; pero como río de avenida, todo es estruendo de palabras, o más de verdad, como ríos pequeños, que como llevan poca agua, van dando de piedra en piedra, y al que los ha de pasar en noche oscura, y no los tiene antes conocidos, pónenle miedo pensando que van muy hondo”.*

*“Porque, como para la contratación de los que viven es necesario que haya verdad, crédito y fidelidad entre los que conversan y contratan: así es necesario que en esta contratación de los siglos pasados con los presentes, y de los presentes con los que verán, que por escrituras y voces mudas se contratan, haya habido en los pasados verdad, y en los presentes haya creencia, y así entre los presentes y venideros... Quitad la verdad, fe y creencia entre los pueblos, y quitareis la contratación y común vivienda. Quitad la autoridad a las escrituras; y quita-reis la luz del mundo, y la memoria de la vida de todo lo pasado”.*

Bachiller Pedro de Rúa, apud. Antonio de Capmany y de Montpalau, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, II, Barcelona, 1848



## PRESENTACIÓN

El Miami Dade College se vistió de gala para recibir el pasado mes de octubre a distinguidos ex Jefes de Estado y de Gobierno integrantes de la Iniciativa Democrática de España y las Américas (IDEA) quienes se reunieron una vez más bajo nuestro patrocinio a través de la Cátedra Mezerhane sobre democracia, estado de derecho y derechos humanos. Es el sitio ideal para celebrar esta cita por la democracia de nuestros países iberoamericanos que repetimos cada año.

En este momento aproximadamente 5% de la población del área metropolitana del gran Miami se encuentra matriculada en al menos un curso de algunos de nuestros ocho campus, donde preparamos a los estudiantes para que sean profesionales efectivos, a que se ganen la vida con dignidad, a que sean ciudadanos libres e independientes, a que formen familia sanas.

¡Qué maravilla para la democracia, para nuestra América Latina y para España que Don Felipe González y Don José María Aznar se encontrasen juntos representando a la amada Madre Patria, y promoviendo democracia y ética periodística! Y qué decir de los costarricenses

Don Miguel Ángel Rodríguez del partido Unión Social Cristiana y de Doña Laura Chinchilla del partido Liberación Nacional, también juntos en ese evento.

En Costa Rica crecí complementando enseñanza primaria en el Colegio Calasanz de los padres escolapios, casi todos valencianos. Tuve el honor de servir a Costa Rica en los cargos de Cónsul y Agregado Comercial en Miami del año 1980 al año 1984, primero bajo Don Rodrigo Carazo y luego bajo Don Luis Alberto Monje, ambos líderes de los partidos respectivos de Don Miguel Ángel Rodríguez y de Doña Laura Chinchilla.

Don Andrés Pastrana por muchos años ha sido amigo de nuestro College. Recuerdo cuando inauguró nuestra Feria del Libro precisamente en el Auditorio que acogiera nuestro IV Diálogo Presidencial en este año. Colombia siempre con la democracia, aún en los momentos más difíciles. A los expresidentes de Ecuador Don Jamil Mahuad y Don Osvaldo Hurtado y al expresidente de Bolivia Don Jorge Tuto Quiroga, les hicimos saber que aquí en Miami muchos mantenemos a sus países en nuestras oraciones, dada las dificultades que están viviendo.

Le hago un reconocimiento especial, además, al doctor Asdrúbal Aguiar quien es profesor visitante aquí en el Miami Dade College. Es la fuerza intelectual detrás de todos estos eventos que estamos organizando aquí. Tenemos muchísima suerte que él colabore con esta institución educativa.

El diálogo productivo y exitoso que alcanzamos entonces tuvo como aperturas intelectuales las exposiciones

que ahora se recogen en este cuaderno y dejamos en manos de nuestros estudiantes y la opinión pública iberoamericana.

Ojalá aquellos que tratan de pisotear la libertad de expresión y de prensa escuchen e internalicen las claras ideas que aquí se exponen.

Rolando MONTOYA  
Presidente interino del Miami Dade College



## **PALABRAS LIMINARES**

Al introducir los textos que se reúnen en el presente cuaderno de la Cátedra sobre democracia, estado de derecho y derechos humanos del Miami Dade College que lleva nuestro apellido, doy gracias a su presidente y a los ex Jefes de Estado y de Gobierno que participaron del IV Diálogo Presidencial de IDEA por haber hecho posible este aporte intelectual. Se trata de las exposiciones centrales que animaron los diálogos entre estos y sirvieran de marco de referencia durante los debates realizados.

Valoro mucho el apoyo del Miami Dade College y agradezco muy especialmente a mi querido amigo Asdrúbal Aguiar quien ha sido el responsable de ensamblar este esfuerzo. Le ha puesto el nombre y letra a lo que han sido las tertulias realizadas durante estos cuatro años en esta sede académica de incansable trabajo por la democracia.

El Miami Dade College nos abrió las puertas desde el primer día en que se planteó esta iniciativa y nos ha acogido con mucha cercanía. Aquí seguiremos como espero y Dios quiera que por muchos años más.

Quiero hacerle un reconocimiento de justicia al Presidente hoy emérito, Doctor Eduardo Padrón, alma de este emprendimiento quién después de 25 años de servir como cabeza del MDC ha pedido separarse para dedicarse a otros desafíos vinculados a lo que ha sido su vida como educador y persona ilustre. Su labor ha sido reconocida por todos los gobernantes o casi todos los gobernantes que han ocupado la Casa Blanca.

El tema, por demás interesante, que nos convocó en octubre pasado se desarrolló en dos partes, y digo en dos partes porque inicialmente se trataba de abordar solamente los Fake News, lo que es muy importante. Pero el incendio que está ocurriendo en Latinoamérica nos hizo reflexionar sobre la necesidad de ponerle piso a las consideraciones teóricas, pues seguimos pensando en soluciones que nunca llegan o se realizan sobre este y otros tantos temas de relevancia para la democracia.

Tiene muchas aristas el asunto y una de ellas, la más importante, es que se vienen utilizando todos los adelantos tecnológicos de que disponemos en contra de nosotros mismos. Se utiliza la tecnología para ensuciar a la noticia, para mentir, perjudicar a personas y a países, y digo países pues se engañan a sus pueblos, a los nuestros, diciendo cosas que no son y luego desaparecen los responsables de esas noticias y opiniones al detal o subterráneas.

No sabemos quiénes son los que están detrás de estos blogs de noticias o de estos supuestos periódicos que no son tales. Creo que tenemos un trabajo enorme sobre ese

tema. Es un tema que se ha utilizado por muchos años bajo otras formas, lo comentaba con el ilustre amigo Asdrúbal Aguiar. Recordábamos que el nazismo, el fascismo y las dictaduras latinoamericanas también creaban sus propias verdades. Lo que pasa es que ahora eso se comunica de una manera mucho más violenta, mucho más rápida a través de las redes.

Todos lo que sabemos o tenemos o estamos vinculados a algún medio de comunicación entendemos que pesa sobre todos una responsabilidad ética y moral, pero también legal. Un periódico tiene un manchón y una televisión tiene un cuerpo directivo y un presidente. La radio los tiene igual como los blog de noticias o los diarios que se publican, también tienen una responsabilidad.

Sin embargo, ante todos estos movimientos de Fake News que se hacen subversivos no sabemos cómo responderles. Dañan a los países, dañan a la familia, es como una polilla le decía yo a nuestro amigo, que se va comiendo por dentro al mueble y no nos estamos dando cuenta. Cuando nos demos cuenta y lo toquemos se cae.

Creo que es hora de que se proponga algo y no una regulación, tampoco una ley. No estoy buscando control de la información ni mucho menos de la libertad de expresión, pero sí una responsabilidad activa que los medios asuman por sí mismos como lo hacen Google o Facebook o cualquiera de los carriles importantes, interesados en conocer y hacer visible el origen de quiénes son los que están detrás de la desinformación; quién es el responsable, de manera que tengamos igualdad de am-

biente para defender la verdad cuando su falseamiento nos toca en lo personal o cuando se engaña al público. Creo que es un tema por demás amplio e interesante, cuyo debate entre los expresidente fue motivado justamente por las exposiciones centrales que aquí se recogen y forman el presente cuaderno, destinado a nuestros estudiantes y el público en general.

Nelson J. MEZERHANE GOSEN  
Presidente del Grupo Mezerhane /  
Editor de Diario Las Américas

**TÍTULO PRIMERO**  
**LA POSVERDAD**



## **A MANERA DE INTRODUCCIÓN**

### **LA OEA Y LAS NOTICIAS FALSAS**

Luis ALMAGRO\*

Las llamadas noticias falsas “Fake News” han irrumpido en el escenario de las redes sociales, en especial en periodos electorales. El fenómeno tiene el potencial de dañar los sistemas democráticos, las estrategias de difundir rumores o mentiras respecto a hechos políticos o candidatos son un problema de larga data, anterior a internet, lo novedoso es el vínculo con las nuevas tecnologías de la información, en especial las redes sociales. Estas tecnologías han dotado de mayor alcance y velocidad al acto de diseminar información, permiten la participación ciudadana y evitar la censura, pero también permiten la propagación de rumores o falsedades.

---

\* Abogado y Diplomático / Secretario General de la Organización de los Estados Americanos.

Como Secretario General de la OEA, quiero llamar especialmente la atención, sobre la diseminación de desinformación en nuestro hemisferio, por parte de la dictadura de Venezuela y Cuba, aplican el doble estándar de perseguir a sus ciudadanos por utilizar las redes sociales para anunciar sus abusos, pero se aprovechan de las mismas redes para hacer propaganda, interferir en asuntos internos de otros países y diseminar información falsa.

La desinformación también es problemática, debido al uso ambiguo del concepto “Fake News”. Muchas veces se utiliza para descalificar a la información confiable, como la que proviene del periodismo, de informes de organismos internacionales con el fin de ocultar una información que efectivamente es veraz. Es indispensable encuadrar correctamente el fenómeno, sus causas y las posibles respuestas, las áreas de la OEA especializadas, definen a la desinformación como la difusión masiva de información falsa que se pone en circulación, a sabiendas de su falsedad y con la intención de dañar al público o una fracción de este. Esta definición es útil, porque permite distinguir la desinformación de otros discursos protegidos por la libertad de expresión; el sistema interamericano a su subrayado que los medios de comunicación y los periodistas no deben ser perseguidos por publicar información inexacta o falsa, cuando lo hacen sin intención deliberada de engañar o dañar la reputación de una persona; también la opinión, el humor político, la sátira son imprescindibles para cuestionar el poder, incluso la propaganda que busca persuadir a un exagerando virtudes de

un candidato de un partido. Este tipo de discursos son parte de la democracia y si hay excesos serán remediados mediante mecanismos, como la rectificación, el derecho de respuesta, un debate público robusto. El fenómeno de desinformación masiva no sé entendería sin hablar del rol de las redes sociales y el ecosistema de internet, estas plataformas se han convertido en los intermediarios poderosos entre el ciudadano y la información, ahora bien, el fenómeno de desinformación se cruza con campañas electorales cada vez más polarizadas, este contexto genera un campo fértil para la desinformación.

Como hombre de la política que siempre actúa de acuerdo con los principios democráticos, también quiero llamar la atención sobre la práctica de algunos partidos políticos, de empresa de estrategia o marketing político, que dentro del arsenal que ofrecen los candidatos, incluso una información falsa, eso es inaceptable, está reñido con la ética con la que hay que actuar en la vida política democrática. La desinformación deliberada erosiona la legitimidad de los procesos electorales y distorsiona la esfera pública, por dos razones fundamentales, empobrece el debate público y tiene el potencial de deslegitimar el resultado y el mismo acto de las elecciones, a través de la cual se funda el gobierno democrático, debemos ser firmes en este punto. Para culminar quiero compartir la buena noticia que la OEA acaba de aprobar esta semana la primera guía para garantizar la libertad de expresión frente a la desinformación en contexto electoral, un trabajo que ha pedido la Asamblea General de la OEA condujeron la relatoría especial sobre libertad de expresión y

la secretaría de fortalecimiento de la democracia, una actitud crítica de una ciudadanía activa parece como la reacción más adecuada y en línea con la prohibición de la censura previa, incorporada en el derecho nacional e internacional. La guía contiene recomendaciones para todos los actores que pueden combatir el fenómeno, creemos firmemente en la idea de no imponer sanciones penales para perseguir a los habituales actores de estas noticias falsa, estas soluciones terminan siendo utilizadas por los enemigos de la libertad expresión. Las autoridades electorales deben tener un rol proactivo respecto a la información en y sobre el proceso electoral. Las plataformas digitales deben invertir recursos en prevenir y combatir el fenómeno, las empresas que facilitan estos foros públicos son bienvenidas, pero eso bien acompañado de responsabilidades sociales, por supuesto, es necesario que los actores políticos, partidos, candidatos, legisladores, funcionarios de gobiernos, se comprometan a debatir los asuntos públicos sin recurrir a discursos polarizantes, y sin difundir o promover informaciones falsas.

# TEORIZANDO LA POSVERDAD. CLAVES PARA ENTENDER UN FENÓMENO DE NUESTRO TIEMPO

César CANSINO\*

**RESUMEN:** *La posverdad alude a un momento en que el discurso político, a la hora de pretender incidir sobre la opinión pública, deja de lado los hechos objetivos y apela principalmente a las emociones y las creencias personales. El presente artículo se propone aportar algunas claves para entender dicho paradigma y poder reconocerlo en las prácticas cotidianas de la comunicación, pero principalmente en los procesos electorales.*

**ABSTRACT:** *Post-Truth alludes to a time when political discourse, when it comes to seeking to influence public opinion, neglects objective facts and appeals primarily to emotions and personal beliefs. This article aims to provide some keys to understanding this paradigm and to be able to recognize it in the daily practices of communication, but mainly in electoral processes.*

---

\* Catedrático-investigador de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México).

**PALABRAS CLAVE:** *Posverdad, Elecciones, Mentira política, Fake News, Comunicación política, Manipulación política.*

**KEYWORDS:** *Post-Truth, Elections, Political Lie, Fake news, Political Communication, Political Manipulation.*

## I. INTRODUCCIÓN

La posverdad, entendida como un momento en el que lo racional y lo objetivo ceden terreno a lo emocional o a las creencias formadas por los ciudadanos a partir de medias verdades o informaciones falsas, ha adquirido gran interés en los últimos años. En 2016, gracias a las elecciones que llevaron a Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, “post-truth” (posverdad) fue nombrada la palabra del año según el *Diccionario de Oxford* (Llorente, 2017). Sin embargo, dada su muy reciente incorporación al análisis, dicho concepto está todavía en espera de mejores y más precisas teorizaciones. El presente artículo se propone, precisamente, aportar algunas claves para entender dicho paradigma y poder reconocerlo en las prácticas cotidianas de la comunicación, pero principalmente en los procesos electorales.<sup>1</sup>

Una gran línea de investigación sobre la comunicación política se refiere a los estudios directamente relacionados con los procesos electorales y la influencia de

---

<sup>1</sup> En el contexto de este trabajo por paradigma asumo una definición convencional, o sea, como sinónimo de “ejemplo” o algo que se toma como “modelo”.

los medios en la determinación de las decisiones de voto o de modificación y refuerzo de estados de opinión. Hace tiempo que la conducta electoral dejó de ser un “misterio infranqueable” para convertirse en un objeto de previsión científica, cuyo precio y valor son fáciles de interpretar. Desde el punto de vista de los descubrimientos sobre las estructuras del comportamiento, destaca la conclusión de que la decisión de voto más que resultado de una influencia puntual del acto comunicativo, es resultado de una inter-influencia de grupo (De Moragas, 1985, pp. 10-19). La acción de los medios determina no tanto una “conversión”, como un refuerzo de predisposiciones. Con todo, la predisposición actitudinal del voto es un proceso complejo que involucra varios aspectos, desde factores estructurales hasta incentivos contextuales, pasando por variables individuales (Ramírez y Moscoso, 2017).

Para proceder con la tentativa teórica propuesta, primero expondré los elementos definitorios de la posverdad (inciso dos); paso seguido examinaré las condiciones culturales inéditas que en un momento dado predisponen a los ciudadanos a ser partícipes del fenómeno de la posverdad (inciso tres); las narrativas más comunes de la posverdad (inciso cuatro); y, a manera de ejemplo, los aspectos más destacados desde el punto de vista de la comunicación política que contribuyeron al triunfo de Trump en 2016, considerado el caso paradigmático del fenómeno que nos ocupa (inicio cinco).

## II. ¿QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA POSVERDAD?

Con la expresión posverdad se intenta describir un momento en que el discurso político, a la hora de pretender incidir sobre la opinión pública, deja de lado los hechos objetivos y apela principalmente a las emociones y las creencias personales. El término, aplicado desde 1992, aumentó su uso en un 2 mil por ciento en el 2016 (Gutiérrez-Rubí, 2017). Las palabras son conocidas como verbos y estos definen acciones (Manrique, 2016, pp. 161-165). Y si los términos seleccionados definen tendencia, su análisis tiene interés social. Los ecos del nuevo paradigma ya estaban presentes en campañas como el Brexit (la salida del Reino Unido de la Unión Europea), que se celebró un par de meses antes de la campaña en Estados Unidos, y después, el modelo se ha replicado en las elecciones recientes de Francia, Alemania, Israel y, particularmente, en el separatismo catalán de España.

Lo realmente sorprendente de este paradigma es que permitió ganar o avanzar en posiciones de poder más que significativamente a *outsiders* o partidos que estaban en la marginalidad y con poca probabilidad de victoria, como el UKIP en la Gran Bretaña, el Frente Nacional en Francia, así como las formaciones de ultraderecha en Alemania, los separatistas catalanes y el Partido Popular en España y, en forma muy destacada, el ahora presidente de Estados Unidos. Antes de que iniciaran los debates presidenciales en la campaña estadounidense (agosto de 2016) hasta la víspera de la jornada electoral, las plataformas de verificación (denominadas *fact cheking*) con-

tabilizaron hasta 217 falsedades en los discursos e intervenciones de los candidatos, el 79 por ciento atribuibles a Trump y el 21 por ciento a Hilary Clinton (Zarzalejos, 2017, p. 11). Por cada mentira de la candidata demócrata, el republicano vociferó cuatro.

El verdadero problema de la mentira política es que trae consigo algo más grave que el engaño o la ausencia de verdad en sí: la traición de la confianza, característica de las instituciones democráticas. Según Lakoff (2010), la mayoría de las personas no se preocupan por lo que es verdad sino por el contexto de la mentira. Por otra parte, como planeta Torres (2017), se consolida un contexto en el que la verdad, la contrastación y la presentación de pruebas se valore tan poco que **puedan subsistir todo tipo de mentiras e ideas sin pies ni cabeza**, desde que el cambio climático es un mito hasta que la homosexualidad es antinatural, pasando por toda clase de invenciones acerca de países lejanos para crear una excusa que permita invadirlos. En el mundo de la posverdad cualquier idea puede dar paso literalmente a un discurso válido sobre lo que ocurre en la realidad, siempre y cuando los altavoces por los que se transmita sean lo suficientemente potentes. Saber si es verdadera o no, está de más.

La recurrente utilización de la mentira política –hoy bajo el paradigma de la posverdad– ha sido una constante en las campañas electorales, sobre todo en escenarios competidos. Entonces, la posverdad no es un fenómeno nuevo. Meyer (2017), refiriéndose a las mentiras mediáticas, sugiere no llamarlo posverdad sino “postperiodismo”, y Chomsky (2013), sin denominarlo posverdad,

elaboró una lista que llamó: “Diez estrategias de manipulación”, entre las que incluye técnicas para ablandar emotivamente el mensaje con el propósito de confundir el sentido crítico y analítico de los ciudadanos.

Ante esta situación, Echeverría Borja (2017, p. 10) advierte una tendencia mundial a favor del *fact-checking*, que sería el antídoto contra todos los conceptos (*fake-news*, las verdades alternativas y los bulos) que se refugian en el paraguas semántico de la posverdad. Reconoce que las formas tradicionales del periodismo –prensa, radio y televisión– han perdido peso frente a las nuevas formas de relación con la opinión pública. Los contenidos que se hacen virales en Twitter, Facebook o plataformas de mensajería instantánea generan percepciones que hace algunos años eran impensables (Llorente, 2017, p. 9). La divulgación de noticias falsas desemboca en una banalización de la mentira y, por ende, en la relativización de la verdad (Grijelmo, 2012).

El triunfo de Trump y su campaña colocaron el fenómeno de la posverdad en la primera fila de la conciencia de una parte de la opinión pública occidental. ¿Qué elementos de la comunicación política, particularmente del *marketing* electoral, utilizó Trump? Según Achache (1992, p. 112), para que haya comunicación política, y de acuerdo con el modelo clásico de comunicar, es necesario definir a los actores, es decir, un *emisor* que envíe un mensaje político y un *receptor* o destinatario. Asimismo, un *espacio público* que contenga las características según las cuales los individuos se convierten en un receptor colectivo y *el medio o los medios* que transmitan aquellos

mensajes. Es por ello por lo que la mercadotecnia política presenta una paradoja. En la actualidad es el modelo dominante de la comunicación política y, sin embargo, tiene una imagen bastante mala. Su legitimidad, en la opinión común, aún está en suspenso. Todavía se sigue pensando que hay algo insatisfactorio en el plano ético en vender a un candidato como si se tratara de un refresco o una cajetilla de cigarros.

La mercadotecnia política, por el hecho de que se sitúa en un espacio competitivo, no puede suponer *a priori* ninguna legitimidad a partir de la cual un actor estaría facultado para hablar. La legitimidad, según la mercadotecnia, no depende de la aptitud del político, en realidad su legitimidad está por construirse; es lo que se conoce como la construcción de la imagen pública del candidato, muchas veces sujeta a lo que construyen los medios (Razgado Flores, 2002). Con este enfoque, Trump reforzó aspectos como reputación (creada a partir de sus apariciones en televisión), *branding* (un nombre conocido mundialmente, asociado con el lujo y el poder), diferenciación del producto (mensajes extremistas y radicales), propuesta única de venta (*Make America Great Again*), *microtargeting* y posicionamiento, entre otros elementos puramente instrumentales de la mercadotecnia política (Mareek, 1999).

Ya Sartori (2003) advertía sobre el predominio, en una sociedad de mercado, de la video política y la televisión, como un instrumento que suple a la información escrita: “La televisión puede mentir y falsear la verdad, exactamente igual que cualquier otro instrumento de co-

municación. La diferencia es que la fuerza de la veracidad –inherente a la imagen– hace la mentira más eficaz y, por tanto, más peligrosa”, Por su parte, Sloterdijk (2003) tensa el argumento al homologar todo proceso político dirimido a través de los medios con un ejercicio grotesco de un poder sadomasoquista.

La circulación de noticias falsas, que el elector asume como válidas en la medida que refuerza sus opiniones o convicciones, no es nueva. De hecho, la mentira subsiste porque, si bien no describe fielmente la realidad, simplemente funciona en nuestras cabezas. Lo cierto es que ahora, la velocidad con que viajan y se multiplican ha sido exponencial a partir del reenvío a su burbuja más próxima con el apoyo de las redes sociales.

Cabe insistir que la manipulación, la desinformación y la mentira no son exclusivas de la era de la posverdad. La diferencia radica en que antes constituían prácticas reprobables y condenables socialmente, por lo que sus protagonistas o cultivadores debían precaverse o blindarse al hacerlo, ya sea con retóricas muy rebuscadas y maquilladas que dificultaran descubrir el engaño, o estrategias muy elaboradas de desinformación con dobles mensajes o con códigos cifrados, aunque también había quien consideraba que si se iba a divulgar una mentira, ésta debía ser tan grande como para que nadie la pusiera en duda, o había que repetirla constantemente, bajo la premisa de que “una mentira repetida mil veces se convierte en verdad”, frase que se atribuye al ideólogo nazi Joseph Goebbels.

En la actualidad, por el contrario, la desinformación es más burda y la mentira más evidente, como si el umbral de tolerancia de la sociedad a ser engañada hubiera descendido, así como su aprecio por la verdad, entendida como un valor *per se*, haciendo más permisiva la mentira en la medida que, simplemente, encaje con nuestro sistema de creencias o nos haga “sentir bien”. En este sentido, desentrañar el paradigma de la posverdad en las sociedades actuales sería imposible si no se advierten también algunos cambios culturales y de mentalidades en el seno de las propias sociedades en cuestión, cambios que nos permiten hablar de, por ejemplo, predisposiciones del voto, lo cual empata muy bien con la idea cada vez más compartida según la cual la decisión de voto más que resultado de una influencia puntual del acto comunicativo, es resultado de una inter-influencia colectiva (De Moragas, 1985, pp. 10-19).

### **III. CAMBIOS CULTURALES Y POSVERDAD**

Suponer que los grandes avances tecnológicos de las últimas décadas, pero sobre todo la masificación de las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC), no modificaría radicalmente la manera en que los seres humanos están en y perciben el mundo y se relacionan entre sí, resulta, para decirlo lo menos, ingenuo.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Para un estudio puntual del impacto de las NTIC en las sociedades modernas véase: Calvillo Barrios, Ahuactzin Martínez y Cansino (2017).

Lo mismo puede decirse de las transformaciones abiertas en el seno de las democracias, donde los ciudadanos cuentan con cada vez más derechos y voz para hacerse oír, al tiempo que los políticos y los partidos políticos son evaluados y descalificados más rigurosamente por los propios ciudadanos. Asimismo, suponer que los daños colaterales de la crisis global del capitalismo, o de la debacle ecológica o de los nuevos conflictos geopolíticos no pondrían en alerta a la población mundial frente a los riesgos y las amenazas que nos agobian, sería igualmente ridículo. El hecho es que el mundo ya no es el mismo y las sociedades han sufrido profundos cambios culturales y de mentalidades que en otras circunstancias hubieran requerido siglos para concretarse. Pero también es cierto que la vertiginosidad de los cambios nos ha tomado a todos por sorpresa, desprovistos de herramientas analíticas adecuadas, tratando de entender las cosas sobre la marcha, escribiendo nuestras reflexiones sobre las rodillas. Aquí presentamos algunas claves al respecto de manera todavía muy preliminar, inmersas en el cambio más general, epocal, que cierta filosofía denominó posmodernidad (*v. gr.*: Habermas, 1989; Lyotard, 1981 y Vattimo, 1989) o modernidad tardía (*v. gr.*: Lash, 2002; Beck, 2001) o modernidad líquida (Bauman, 2000, 2001 y 2007) o modernidad reflexiva (Beck, Giddens y Bauman, 1985) o hipermodernidad (Lipovetsky, 1986), o sea, un cambio drástico en los valores, las actitudes y los patrones de comportamiento que se construyeron trabajosamente durante siglos en lo que se conoce en Occidente como modernidad:

a) *De la sociedad de masas a la individualización de la sociedad.* Hemos pasado de lo que los teóricos de la comunicación llamaron en su momento la sociedad de masas, o sea, sociedades dominadas por la cultura de masas, los medios de comunicación de masas, la sociedad de consumo de masas, los partidos de masas y las instituciones impersonales de gran escala, a sociedades cada vez más heterogéneas, plurales y diversas, irreductibles a una única y hegemónica visión del mundo impuesta por las élites. Paradójicamente, fue la propia sociedad de masas la que contribuyó a debilitar el tejido conectivo de la sociedad, preparando las condiciones para el aislamiento social y la alienación inducida de las masas (Wolf, 1987). De hecho, los *mass media* irrumpieron en el siglo XX con la premisa de que las sociedades masificadas podían ser homologadas en sus gustos y preferencias, pues eran directamente influenciables, pasivas y emocionales más que racionales (McQuail, 1983). De ahí que la opinión pública era entendida simplemente como la suma de los intereses de los miembros de la comunidad. Sin embargo, con el paso del tiempo, en el seno de las sociedades de masas empezaron a surgir reparos contra las visiones dominantes que trataban de imponérselas, haciendo estallar todo tipo de reacciones sociales contra las políticas oficiales. Sólo así se explica la emergencia de grandes protestas sociales en los años sesenta y setenta del siglo pasado en contra de la guerra –como, por ejemplo, la guerra de Vietnam declarada por Estados Unidos–, o de la discriminación racial; o la aparición de los así llamados nuevos movimientos sociales en los ochenta capaces de convocar a millones a favor de múltiples cau-

sas sociales, o de los movimientos libertarios de fines del siglo xx que abrieron el paso a las transiciones democráticas en varios países de Europa del Sur y del Este, América Latina y Asia, o de las organizaciones no gubernamentales u organizaciones de la sociedad civil que han tomado en sus manos acciones a favor de causas de todo tipo que correspondería al Estado atender pero que nunca le importaron, y de, más recientemente, millones de indignados con las injusticias que ocupan las redes sociales y las plazas públicas para opinar, denunciar y exhibir todo aquello que daña a su comunidad. En otras palabras, la sociedad dejó de ser una masa fácilmente manipulable y homogénea, para convertirse en una esfera de conflicto y disputa desde la pluralidad y la diversidad, una sociedad individualizada, portadora de otro tipo de problemáticas propias de esta nueva condición. En términos de Bauman (2000, 2001 y 2007) hemos pasado de una modernidad sólida a una modernidad líquida, donde todo se ha individualizado y relativizado, donde todo es más flexible, efímero y mutable, ya sea el trabajo, las relaciones humanas, los gustos, los valores o las convicciones. Lipovetsky (1986), por su parte, describe una sociedad hiperindividualizada, hedonista, narcisista, donde se han diluido los lazos sociales y pulverizado los proyectos emancipatorios comunes. Sin embargo, no debe confundirse individualización con atomización. La modernidad ha producido a la vez individuos democráticos que individuos atomizados. El primero no es el mismo que presupone el neoliberalismo, es decir, un individuo aislado, consumista y egoísta. Si bien ambos pueden coexistir y de hecho coexisten sin problemas, el individuo democrá-

tico es uno que, al contrario del individuo en el mercado, sabe que sólo con los demás puede hacer política, sólo con los otros puede ejercer su libertad y construir ciudadanía (Cansino, 2010, p. 19). Ahora bien, todas estas lecturas no deben conminarnos al optimismo fácil, pues prevalecen en nuestras sociedades muchas de las tentaciones totalitarias que –alimentadas por cierta predisposición social al conformismo y la servidumbre voluntaria que aparece y reaparece de tanto en tanto– alguna vez vislumbró Orwell en sus célebres obras *1984* (1948) y *Rebelión en la granja* (1945), o muchas representaciones sociales que abonan más a la idea de una sociedad unificada por necesidades de consumo creadas artificialmente y por reglas encubiertas que a una sociedad realmente libre y emancipada, como sostenía Debord en su revelador ensayo *La sociedad del espectáculo* (1967), o sea, una sociedad donde la libertad y la voluntad son sólo representaciones colectivas que le permiten al sistema moverse, pero que en el fondo esconden individuos esclavizados y sometidos a rutinas cotidianas de las que jamás podrán liberarse; una sociedad donde el Estado de excepción totalitario se ha vuelto la norma, como advirtió de manera sórdida Agamben en su conocido ensayo *Estado de excepción* (2004); una sociedad donde los seres humanos experimentan, parafraseando a Sloterdijk (2001), un “extrañamiento del mundo”, o sea, individuos insatisfechos, depresivos, tristes, hundidos en su propia ambigüedad, suspendidos en un mecanismo ciego de autoconservación, vertebrado en torno a la huida; una “sociedad vacía”, donde los individuos han perdido un sentido colectivo de pertenencia y destino, por lo que se refugian nihi-

listamente en su egos trastornados por un mundo consumista tan superficial como inalcanzable (Lipovetsky, 1986); una sociedad de sujetos codiciosos capaces de destruir otras formas de vida y, así como los animales, carentes de control sobre su destino, aturdidos por mitos inútiles, como el del progreso o la salvación divina (Gray, 2013); una “sociedad del cansancio”, para citar el título de un libro muy comentado de Han (2009), o sea, una sociedad cruzada por el agotamiento congénito, la depresión y el hastío, pues una sociedad basada primordialmente en el rendimiento laboral no es ni puede ser una sociedad libre y feliz. Se trata, en el caso de estos últimos, de diagnósticos distópicos terribles, pero nadie podría negar que armonizan muy bien con cierto clima apocalíptico que recorre a las sociedades actuales, alimentado por cientos de películas, novelas y series afines. Como quiera que sea, como veremos más adelante, no cabe duda de que las mutaciones culturales de las que se da cuenta en este apartado están directamente conectadas con la aparición y la expansión del fenómeno de la posverdad en las democracias modernas.

b) *De la sociedad de la confianza a la sociedad de la desconfianza.* Ciertamente, la desconfianza siempre ha acompañado, desde sus inicios, a las democracias representativas, pues confiar ciegamente en nuestras autoridades o representantes no es garantía de que actúen con sensatez y honorabilidad. De hecho, las democracias modernas han ido sumando diversas estructuras y normas para vigilar, obstruir y enjuiciar a las autoridades ante posibles abusos de autoridad. A este conjunto de estruc-

turas y normas Rosanvallon (2007) las ha bautizado “contrapoderes” y al proceso general de controlar al poder, “contrademocracia”. Sin embargo, a pesar de estos mecanismos, diversos factores recientes han hecho que la desconfianza social se haya disparado a niveles inimaginables. Si antes prevalecía un umbral de confianza razonable hacia las instituciones democráticas, producto de su propio proceso de legitimación mediante elecciones libres y correctas, ahora la regla es la desconfianza. Entre las razones de esta metamorfosis destacan tres: 1) hemos entrado en un mundo que ha roto con el optimismo tecnológico que había prevalecido hasta la década de 1960, como lo ha visto muy bien Beck en su famoso libro *La sociedad del riesgo* (2001): vivir en la era de las catástrofes –tipo Chernóbil– y la incertidumbre es vivir instalados en el riesgo, y una sociedad del riesgo es una sociedad de la desconfianza frente al porvenir; 2) hemos entrado en un mundo menos previsible, sobre todo en lo económico, regido por un sistema de interacciones cada vez más complejo, lo cual también genera actitudes de desconfianza, articuladas largamente en este caso sobre un sentimiento más amplio acerca de la impotencia de las políticas públicas; y 3) hemos entrado en un mundo de individuos cada vez más aislados y ensimismados, una suerte de “sociedad de distanciamiento”, para utilizar la expresión de Walzer (2001), donde las bases materiales de establecimiento de la confianza social se pulverizan; los individuos confían menos los unos en los otros; lo cual es muy distinto a lo que estableció en su momento la categoría de “capital social”, que consideraba a la confianza como el cemento de una sociedad y su pase direc-

to al progreso y el desarrollo (Putnam, 1993). Este último punto también puede ser leído como un salto de la sociedad trascendental a la sociedad básica (Cansino, 2010, pp. 270-273), o sea, una sociedad donde la inseguridad y la desconfianza prevalecientes relegan en importancia la consecución y/o la consolidación de grandes valores universales, como la libertad, la igualdad o la tolerancia, para concentrarse en lo más básico, o sea, la supervivencia diaria. Obviamente, una sociedad sin grandes aspiraciones es una sociedad temerosa y predispuesta a apoyar a quien le prometa retóricamente preservar su esquema de seguridades básico; promesas que por lo demás no dejan de ser mentiras, estratagemas políticos muy rentables electoralmente, pero insustanciales, pues en estricto sentido ningún gobierno o político en campaña puede asegurar a sus ciudadanos una existencia más segura o un futuro menos incierto. Como dice Bauman: “En el corazón de la vida política anida un profundo e insaciable deseo de seguridad; y actuar a partir de ese deseo produce una mayor inseguridad [...]. Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que sólo nos aguarda más incertidumbre” (Bauman, 2004, pp. 32-33). Sin duda, como veremos más adelante, las mutaciones culturales de las que se da cuenta en este apartado están directamente conectadas con la aparición y la expansión del fenómeno de la posverdad en las democracias modernas.

c) *De la sociedad fragmentada a la sociedad red.* La llegada de las NTIC, pero principalmente las redes socia-

les, ha tenido repercusiones en todos los sistemas sociales, al grado de que las sociedades actuales requerían nuevas categorías para ser pensadas. Al respecto, Castells (2002) introdujo el concepto de “sociedad red” para advertir las reconfiguraciones sociales como consecuencia de la adopción de las nuevas tecnologías. Entre las muchas repercusiones de las NTIC destacan las siguientes: mundialización de la economía a una escala jamás vista; emergencia de nuevos actores virtuales con capacidad de involucrarse en procesos globales y locales al mismo tiempo; afirmación de nuevas identidades con nuevos discursos que abren frentes inéditos de cuestionamiento, negociación y disputa por el poder. Claro está que las NTIC abrían también una “brecha informacional” (Pascual Barrio y Rueda Ortiz, s/f) entre los países con acceso amplio e ilimitado a las nuevas tecnologías y los más postergados. Desde estas primeras reflexiones sobre la flamante sociedad red, el debate sobre las NTIC se ha articulado en torno a, parafraseando a Eco (2009), dos campos antagónicos: los apocalípticos y los integrados. Los integrados serían todos aquellos que ven con optimismo la llegada de las NTIC, ya sea porque proveen a los usuarios acceso ilimitado a información sin necesidad de moverse de casa (Castells, 2006 y 2009), o porque convierten a las redes sociales en una nueva ágora de deliberación pública en tiempo real que empodera a los ciudadanos frente a los gobernantes (v. gr.: Castells, 2012; Žižek, 2012; Cansino, 2016; Cansino, Schmidt y Nares Rodríguez, 2014), o simplemente porque apuntala la sociedad del conocimiento en todos los campos del saber y facilita la comunicación inmediata y el intercambio de

información pública y privada. Los apocalípticos, por su parte, serían todos aquellos que consideran que la irrupción de las NTIC es la peor tragedia que le pudo pasar a la humanidad, ya sea porque son cómplices de una suerte de despolitización, evasión y desinformación social, en la medida que sus usuarios se aproximan a la realidad, la conocen e interpretan, exclusivamente a partir de la imagen que ellos mismos eligen en la pantalla negra, lo cual no tiene que ver muchas veces con lo que está pasando en el mundo real (Rendueles, 2015); o porque los usuarios de las redes sociales experimentan una pérdida de su privacidad, al permitir que su información personal sea utilizada por empresas de todo tipo, ralentizando la posibilidad de que la esfera pública pase a manos de los ciudadanos o minando su potencial crítico y libertario (Dijck, 2013; Pariser, 2017; Morris, 2016); o porque posibilitan la circulación vertiginosa y anónima de noticias falsas sin ningún control o sanción, alimentando todo tipo de dudas, confusiones y temores (Richter Morales, 2018; Amorós García, 2018); o porque nos hacen dependientes de las máquinas en todas nuestras actividades, anestesiando nuestra capacidad de aprendizaje y razonamiento (Carr, 2011 y 2014); o porque alimentan en su seno un submundo escalofriante conocido como *deep web* en el que aparentemente todo está permitido, desde el comercio ilegal hasta asesinatos, violencia, venta de órganos, pederastia, etcétera (Bartlett, 2017); o porque producen –sobre todo los Smartphones– todo tipo de trastornos psicológicos, como ansiedad, estrés, dependencia, pensamiento obsesivo, esquizofrenia, etcétera, e incluso deformaciones físicas; o porque las redes sociales le dan

voz a “legiones de idiotas” que sin ninguna calidad intelectual o moral opinan sobre todo, como sostuvo el gran intelectual Eco (2015) poco antes de morir, con una dosis de visceralidad inusual en él. Por mi parte, sostengo que ambas posiciones poseen algo de verdad, o sea, las NTIC pueden ser nuestra salvación o nuestra ruina. Sin embargo, sobre este debate, rescato un aspecto poco discutido, pero muy relevante: las redes sociales, al convertir a sus usuarios en productores de información y no sólo en receptores –una variante del famoso “prosumidor” sugerido por Alvin Toffler en su famoso libro *La tercera ola* (1997), o sea, un consumidor que también es productor– se han convertido de facto en el último reservorio donde la sociedad es capaz de producir y reproducir saberes alternativos a los saberes oficiales, ya sea sobre ciencia, política, historia, cultura, arte, etcétera. Dicha capacidad se ha anquilosado tanto en los medios tradicionales, preocupados todavía por influir en la opinión pública de acuerdo con sus intereses, como en las universidades y los centros de investigación –baluartes de la ciencia oficial– o en la escuela, instancia socializadora por excelencia de los saberes oficiales, o en la industria editorial, más preocupada por vender *Best sellers* que por fomentar el debate intelectual. Así, por ejemplo, gracias a las redes sociales han surgido ideas y posiciones ciertamente controversiales, pero no por ello carentes de sentido, como las teorías que ven en los actos terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos un complot orquestado por el propio gobierno de Washington; o las teorías que sugieren a partir de muchas evidencias que las vacunas producen daños colaterales no reconocidos ni admi-

tidos por las autoridades sanitarias en todo el mundo; o las que pretenden demostrar que existen límites físicos y tecnológicos que impiden que el ser humano salga de su atmósfera terrestre, por lo que la supuesta llegada del hombre a la luna hace cincuenta años es un *fake* colosal; o la teoría que sostienen a partir de muchas evidencias que la tierra es plana y ocupa el centro del universo y no rota ni se mueve, teoría que cuenta hoy con millones de adeptos en todo el mundo, incluyendo a reconocidos científicos severamente cuestionados por sus pares por desafiar la ciencia oficial; o la teoría que afirma que en un momento de la historia, allá por el siglo XVI, un concilio religioso decidió añadir arbitrariamente mil años al calendario que hoy nos rige, por lo que la historia que conocemos es en su gran mayoría una invención literaria; o la teoría que, a partir de muchos documentos y registros que permanecieron ocultos durante siglos, sostienen que entre los siglos XIII y XVIII existió un poderoso imperio sumamente desarrollado y cuyos límites abarcaban buena parte de Europa, Asia y América llamado Gran Tartaria, y del que deliberadamente se borró toda evidencia por convenir así a élites emergentes deseosas de fundar un nuevo orden mundial, entre un interminable etcétera de tópicos. Como era de esperarse, las elites mundiales han comenzado a censurar a las redes sociales por cuanto estos saberes alternativos desafían la visión que dichas elites tratan de imponer a toda costa. Es frecuente, por ejemplo, escuchar descalificaciones a sus partidarios tildándolos de “conspiranoicos”, o señalar que lo que se dice en las redes sociales contrario a las “verdades” oficiales no tiene ningún sustento ni bases científicas por lo

que no es confiable, o incluso sugerir que dichas visiones son generadas por las propias elites para confundir a la sociedad, una especie de disidencia controlada, entre otros muchos artilugios. En suma, pese a estas acciones que merman su potencial, sin las redes sociales todos estaríamos inmersos en la verdad oficial, adoctrinados sin remedio, incapaces de anteponer alguna visión alternativa. Y qué decir de WikiLeaks, la organización social que encabeza el ciberactivismo a nivel mundial, mediante la divulgación en línea de documentos hackeados altamente comprometedores que lo mismo exhiben a políticos corruptos que a gobiernos inescrupulosos, motivo por el cual sus líderes han sido perseguidos y con frecuencia capturados y enjuiciados. Por otra parte, según he advertido en otras sedes (Cansino, 2014 y 2017a; Cansino, Cailles Santillana y Echeverría, 2016), el arribo de la sociedad red también ha conllevado cambios evolutivos en la humanidad, que podríamos caracterizar con la siguiente expresión: del Homo Videns al Homo Twitter. De acuerdo con ello, el Homo Twitter es, en sentido metafórico, un pájaro que se cree ser humano. Esto significa que la plataforma se ha convertido en el centro del proceso y el tuitero es producto de sus tweets. El tuitero participa para ser escuchado, para obtener el reconocimiento de los demás. La relevancia de este hecho radica en que Twitter ha recuperado el valor de la palabra, la escritura y la lectura, que habían sucumbido ante la imagen, durante la época del Homo Videns. El Homo Twitter no revive al Homo Sapiens; representa una nueva etapa del proceso evolutivo cuyo futuro aún se desconoce. Al recuperar la escritura, orientada ésta a alimentar egos y aceptar las in-

dustrias, y que sea crítica y superficial, el Homo Twitter ha posibilitado ordenar ideas y opiniones para que tengan sentido para los demás. La era de las tecnologías audiovisuales había arrinconado al pensamiento crítico. Pero el Homo Twitter no deja de estar imbuido en la era posmoderna; de hecho, es producto de ella. Recupera la escritura y la lectura, pero no porque le interesen las largas y profundas peroratas. Pretende, más bien, ser escuchado y tener efectividad; está interesado en la inmediatez. Por ello, debe desarrollar nuevas habilidades de pensamiento y escritura. El Homo Twitter no es analítico; es sintético. Le gusta la simpleza. Por eso, para él, el tweet es metáfora de expresión. Tiene una gran capacidad de adaptación. No le resultó difícil aprender a expresarse a través del muy reducido campo de 140 caracteres. Pero lo que más lo motiva, lo que más le agrada de la virtualidad es que sólo puede tener existencia y alcanzar la realización en el espacio público. Requiere estar con los demás para adquirir sentido. Es “la nueva encarnación del zoon Politikon”. Pero, en la medida que le interesa hacer política, en la medida que busca incidir en la opinión pública y marcar tendencias con su opinión, el Homo Twitter sintetiza el zoon Politikon con el Homo Ludens (2014, p. 28). Sin duda, como veremos más adelante, las mutaciones culturales de las que se da cuenta en este apartado están directamente conectadas con la aparición y la expansión del fenómeno de la posverdad en las democracias modernas.

d) *De lo político a lo impolítico*. Como he sostenido en muchos escritos (Cansino, 2008 y 2010; Cansino, Schmidt y Nares Rodríguez, 2014), las sociedades demo-

cráticas modernas han experimentado un cambio notable en sus posibilidades de involucrarse en los asuntos públicos. De sociedades reducidas a elegir y legitimar a sus representantes políticos mediante elecciones periódicas, hemos pasado a sociedades donde la acción libre y contingente más o menos asociada de los individuos determina cada vez más los contenidos simbólicos de lo político. A este proceso de afirmación ciudadana se le ha llamado de muchas maneras –empoderamiento ciudadano, fortalecimiento de la sociedad civil, democracia deliberativa, etcétera–, pero yo prefiero llamarle “alterpolítica”, para evitar cualquier confusión, entendiéndolo por ello no la política de las instituciones o los políticos profesionales, sino la política de los individuos, la que resulta de opinar y posicionarse en el espacio público-político que sólo la democracia consiente, o sea, en condiciones mínimas de libertad e igualdad; la política, en suma, como el lugar decisivo de la existencia humana, donde los individuos definen con los demás los valores que han de articular al todo social; la política como el *alter ego* de la política institucional. Obviamente, esta consideración supone repensar con nuevos contenidos la manera convencional de entender lo público y lo privado, según la cual la esfera pública es la del Estado o el lugar donde se toman las decisiones vinculantes en una sociedad, mientras que la segunda es la esfera de acción propia de la sociedad, como la familia, el trabajo, la religión y el mercado; es decir, una esfera muy conveniente en tanto apolítica. Lejos de ello, si algo están expresando las nuevas formas de la acción social en las democracias modernas es precisamente que lo público ya no es una

competencia exclusiva de los detentadores del poder político. Hoy cada vez más la política está contenida en la cuestión social; los ciudadanos en todas partes están cada vez más informados y son más críticos y participativos, y se perciben como protagonistas de su tiempo y su destino, lo cual también puede ser descrito como, según Naím en su libro *El fin del poder* (2017), una dispersión del poder que termina degradando a los poderes tradicionales. Pero, como suele suceder, lo que para unos es una conquista para otros es una amenaza, lo que propicia acciones de todo tipo encaminadas a neutralizar o revertir sus efectos. A estas acciones bien puede convenir la expresión “impolítico” para definir las. Así, si lo político, entendido como alterpolítica, es la política de los ciudadanos, lo impolítico serían todas aquellas acciones, discursos, instituciones, actores, enfoques, organizaciones, etcétera, que, orquestados desde la política institucional, buscan deliberadamente someter, controlar, manipular, desinformar, engañar, censurar, confundir, etcétera, a los ciudadanos, incluyendo las narrativas de la posverdad.<sup>3</sup> Obviamente, lo impolítico sólo cobra sentido si la alterpolítica ha logrado afirmarse socialmente. Pero, se podrá

---

<sup>3</sup> Esta definición de impolítico es muy distinta que la aportada por Esposito en su famoso libro *Catégories de l'impolitique* (2005), o sea, un enfoque específico para ver lo político desde los márgenes y así entenderlo mejor; e igualmente distinta que la aportada por Rosanvallon (2007), para quien lo impolítico alude a una falta de aprehensión global de los problemas ligados a la organización de un mundo común.

objetar, tentativas de despolitización siempre han existido en todas partes. Ciertamente, pero ahora existe un espíritu público mucho más extendido, dinámico, crítico e informado que obliga a generar acciones más consistentes y articuladas por parte de quienes se sienten amenazados por ello. Sin duda, como veremos más adelante, esta mutación cultural está directamente conectada con la aparición y la expansión del fenómeno de la posverdad en las democracias modernas.

Pues bien, todas estas mutaciones sociales empatan perfectamente con el avance de la posverdad. De hecho, son el caldo de cultivo indispensable para que el paradigma de la posverdad se abriera paso y se asentara en todas partes. Veamos.

1) El fenómeno de la posverdad difícilmente se hubiera abierto paso sin la individualización de las sociedades actuales, por cuanto las convicciones y las creencias de los individuos se han vuelto cada vez más flexibles y relajadas (líquidas) con respecto al pasado, donde prevalecían los grandes metarrelatos de la modernidad y un aprecio compartido por valores como la verdad, la tolerancia y el respeto. No es que los individuos se hayan vuelto más indiferentes o impasibles ante lo que les rodea, sino, en todo caso, menos aprensivos, pues saben o intuyen que todo es efímero y provisional. Todo está en movimiento y nada es lo suficientemente permanente (sólido) como para apostar por ello de manera ciega y absoluta. De ahí que los individuos se van sumando a causas, ideas o propuestas de todo tipo que les hagan *click* en sus vidas, con las que se identifican emocional-

mente, a sabiendas de que son relativas, pasajeras y quizá poco veraces. En suma, de algún modo, los individuos se han vuelto más permisivos, condición necesaria para que los políticos profesionales busquen empatizar con ellos mediante mensajes también efímeros, ocurrentes, cargados de emotividad, en los que la verdad o la objetividad es lo que menos importa. Claro está que permisividad no significa en este contexto ignorancia o desinterés, simplemente una mirada menos rígida o cerrada. Mucho menos significa candor o credulidad, pues las sociedades actuales ya no son tan ingenuas como en otra época para, por ejemplo, aterrorizarse con un relato sobre el fin del mundo en manos de extraterrestres, como de hecho ocurrió en 1938 cuando Orson Welles transmitió por radio en Estados Unidos la adaptación de la novela de H.G. Wells *La guerra de los mundos* (1898). Por otra parte, la propagación de visiones distópicas y apocalípticas en las sociedades actuales, alimentadas por la literatura, el cine, las redes sociales y los propios *mass media*, ha estimulado en muchas personas actitudes de dejadez o abandono frente a lo inevitable, otra forma de permisividad que abona a las narrativas de la posverdad, tan inconsistentes como fugaces.

2) El fenómeno de la posverdad difícilmente se hubiera abierto paso en sociedades que cuentan con un umbral elevado de confianza y esperanza en su porvenir, pues ello, de algún modo, propicia en los ciudadanos actitudes más responsables y cuidadosas a la hora de, por ejemplo, elegir entre distintas ofertas electorales portadoras de diferentes proyectos de país, pues asumen que de

sus decisiones depende de alguna manera alcanzar o posponer el logro de esos ideales y anhelos colectivos. En cambio, cuando la sociedad ha experimentado un descenso significativo en la confianza hacia su porvenir, sus autoridades y sus semejantes, cuando ha perdido la fe y la esperanza en un futuro extraordinario, se dan las condiciones idóneas para que circulen con éxito las narrativas de la posverdad. En este caso, discursos que explotan las sensaciones de desánimo y desesperanza generalizada de sus destinatarios con promesas de todo tipo que, en primera instancia, les resultan gratificantes o confortables, aun sabiendo que son irreales o hasta imposibles, pues aquí desconfianza no significa incredulidad, si acaso, simplemente, la necesidad de creer en algo esperanzador en un contexto de malestar y frustración generalizada, independientemente de su veracidad. Por otra parte, la inseguridad que agobia a las sociedades actuales ya sea por el terrorismo, el crimen organizado, los fundamentalismos, la crisis económica, etcétera, ha propiciado que buena parte de las narrativas de la posverdad se ocupen precisamente de garantizar a las personas mayor seguridad en sus vidas y bienes; una retórica claramente falaz, pues, como vimos en su momento, nadie puede prometer seguridad a los ciudadanos en un mundo tan caótico, conflictivo e incierto como el actual.

3) Como es evidente, el fenómeno de la posverdad difícilmente se hubiera abierto paso en las sociedades actuales sin la incorporación en nuestras vidas de las NTIC, pero sobre todo de las redes sociales, pues gracias a ellas las narrativas de la posverdad pudieron re-

producirse vertiginosamente e incluso, en muchos casos, hacerse virales, generando todo tipo de reacciones y resonancias. Pero el advenimiento de la sociedad red o la sociedad digital puede propiciar comportamientos contradictorios entre los usuarios, ya sea que abracen con entusiasmo propuestas o proyectos socializados en sus redes, independientemente de su veracidad, o cierta parálisis o inmovilismo por creer que las tendencias que se manifiestan en las redes, por ejemplo electorales, son inalterables, por lo que es irrelevante participar, en este caso votar, para después descubrir con pesar que las tendencias eran engañosas. Esto quiere decir que, por efecto de las NTIC, las fronteras entre lo real y lo virtual se han venido disipando, y diluyendo tanto la línea entre la verdad y la falsedad como la posibilidad de distinguir las con claridad. Prueba de ello son muchos videojuegos mediante los cuales se pueden experimentar vidas virtuales y, más recientemente, los videojuegos de realidad aumentada. Más aún, han prosperado las concepciones que consideran que el mundo es una construcción artificial mientras que los individuos somos un *software* de computadora, como lo sugirió en su momento la famosa película Matrix de los hermanos Wachowski, quienes, por cierto, ahora son las hermanas Wachowski, lo cual es la mejor constatación de la levedad del ser en nuestros tiempos (Kundera *dixit*, 1986). Otro ejemplo interesante es Hatsume Miku, la cantante japonesa más famosa del mundo, la que llena todos los escenarios en los que canta, la que vende más discos, y que tiene la particularidad de que no existe, es decir, no es de carne y hueso, sino ¡un holograma!, y toda su mú-

sica está hecha por computadora. Sus fans lo saben, pero aun así asisten a sus conciertos, le aplauden con fervor y compran su música, todo lo cual sugiere que hay una cierta complicidad o predisposición por parte de las sociedades actuales a consumir ilusiones y vivenciar fantasías o quimeras colectivas. En esas circunstancias, las narrativas de la posverdad lo único que han hecho es aprovechar en su beneficio la nueva virtualidad con todo y los desconciertos que provoca.

4) En cuanto al arribo en las sociedades actuales de lo que aquí hemos denominado alterpolítica, se puede decir que también llama a la posverdad, pero, a diferencia de las mutaciones socioculturales ya comentadas, lo hace en negativo, es decir, como parte de las estrategias que desde los poderes ocupados se diseñan deliberadamente para despolitizar, confundir y desinformar a la sociedad y mantenerla en umbrales bajos de participación en los asuntos públicos. En otras palabras, la posverdad, en lo que tiene de desinformadora y manipuladora, sólo cobra sentido cuando los ciudadanos mantienen un nivel de involucramiento consistente en los asuntos públicos, mediante el debate, la crítica y la deliberación de todo aquello que les preocupa y atañe. Así, las narrativas de la posverdad no son sino una expresión más de lo que aquí hemos denominado lo impolítico, o sea, todas aquellas acciones, discursos, instituciones, actores, enfoques, organizaciones, etcétera, que buscan deliberadamente someter, controlar, manipular, desinformar, engañar, censurar, confundir a los ciudadanos. Lo impolítico, entonces, se concreta mediante acciones

de despolitización articuladas por las elites que controlan el poder. Obviamente, si lo impolítico ha crecido en los últimos tiempos es porque lo político, en su entendimiento como alterpolítica, ha logrado posicionarse al grado de representar hoy una amenaza a los poderosos. En ese sentido, la propagación de la posverdad no es más que una expresión más de lo impolítico en los tiempos que corren. En suma, dicho de manera muy general, el problema de las sociedades actuales no es que estén despolitizadas o que no les interesen los asuntos públicos, no es la pasividad ni la apatía, sino en todo caso la frustración y la decepción, por cuanto no ven correspondidos sus esfuerzos ni atendidas sus quejas por parte de sus gobernantes. El hecho es que, pese a los avances alcanzados, la política institucional sigue sojuzgando a la política de los ciudadanos, prevalece un corto circuito entre los imaginarios colectivos, o sea, lo que los ciudadanos quieren y anhelan, y las acciones de sus representantes, los cuales siguen gobernando o legislando a espaldas de aquéllos.

#### **IV. LAS NARRATIVAS DE LA POSVERDAD**

No debe pensarse que las narrativas de la posverdad son mucho más sofisticadas e innovadoras que otras formas de engaño y manipulación más tradicionales. De hecho, son igual o más burdas y obvias, lo que comprueba que el fenómeno de la posverdad se debe más a circunstancias culturales de nuestro tiempo que predisponen a los individuos hacia ciertos comportamientos o valoraciones que a la confección de estrategias mucho más per-

suasivas que las diseñadas hasta entonces (si acaso tienen detrás un potente aparato mediático y propagandístico que las respalda, inexistente en otros tiempos). En efecto, si revisamos los casos más notables del fenómeno de la posverdad, como el Brexit, las elecciones en Francia y Alemania, el plebiscito catalán, el plebiscito por la paz en Colombia y, obviamente, las elecciones que llevaron a la presidencia a Trump, podemos observar que todas las falsas narrativas producidas y reproducidas mediáticamente encajan en alguna o algunas de las siguientes categorías muy convencionales: *a) la tesis de la perversidad* o del efecto perverso, según la cual toda acción, decisión o proyecto de los adversarios propuesto para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico en realidad va a perjudicar más que a remediar el mal que se quiere combatir (*v. gr.*: la escisión de Cataluña del Estado español implicaría un desastre económico tanto para Cataluña como para España); *b) la tesis de la futilidad*, según la cual las tentativas de transformación social propuestas por los adversarios son superficiales e inútiles, no tienen ningún impacto (*v. gr.*: las promesas de campaña de Hilary Clinton son insustanciales, además de que ya mostraron su fracaso en el pasado); y *c) la tesis del riesgo*, según la cual el costo del cambio o la reforma propuesta por los adversarios, aunque acaso deseable en sí mismo, es demasiado alto, dado que se pone en peligro algún logro previo apreciado socialmente (*v. gr.*: mante-

ner a Gran Bretaña en la Unión Europea supeditaría su economía a los designios de Europa, empeñando su porvenir).<sup>4</sup>

Todos los ejemplos referidos son *fakenews*, pues nadie puede asegurar de manera inequívoca algo que no ha ocurrido: la escisión de Cataluña puede ser saludable, sobre todo para Cataluña; las promesas de Clinton son sólo promesas, no hechos consumados; y desligarse de la Unión Europea también puede conducir a la ruina a Gran Bretaña.

Como se puede observar, todas las narrativas de la era de la posverdad, salvo aquellas que buscan apuntalar artificialmente la imagen, la trayectoria y el liderazgo de alguien, adoptan la forma de retóricas reaccionarias, es decir, promueven la intransigencia, la intolerancia y la incomunicación entre adversarios, la descalificación y la demonización del otro, mediante el engaño sistemático. Como consecuencia de ello, la democracia queda amenazada, pues si ésta se funda teóricamente en el pluralismo de grupos ideológicamente definidos, con opiniones diferentes en cuestiones centrales de política, pero capaces de conciliar sus diferencias, las descalificaciones falsas fomentan la polarización de facciones irreconciliables, abriendo brechas y tensiones insalvables.

---

<sup>4</sup> Esta clasificación, aunque con otro propósito, fue aportada originalmente por Hirschman (1991).

## V. UN PARADIGMA LLAMADO TRUMP

¿Qué ocurrió en Estados Unidos en el ocaso del gobierno de Barack Obama como para que la mayoría de los estadounidenses se dejara seducir por el canto de sirenas claramente demagógicas y ciertamente antidemocráticas entonadas por Trump durante su campaña? Muchos podrán culpar de esta involución al propio gobierno de Obama, cuyos números finales quedaron, más allá de algunos éxitos aislados, muy por detrás de las expectativas. Sin embargo, pensar así sería muy simplista, pues la llegada de Trump a la presidencia no es solamente resultado de los usuales premios y castigos que se expresan en las urnas, sino que constituye un verdadero vuelco de mentalidades y expectativas del ciudadano medio estadounidense.

Ciertamente, Estados Unidos está muy dividido y su pueblo sigue experimentando profundos temores e inseguridades frente a las muchas amenazas externas que padece cotidianamente, lo que constituye el caldo de cultivo ideal para la emergencia de líderes y discursos populistas conservadores y nacionalistas, tal y como ha ocurrido en muchos otros países, sobre todo de Europa. En términos prácticos, la democracia estadounidense no vive su mejor momento: sólo la mitad de los estadounidenses frecuenta las urnas, los partidos Republicano y Demócrata no sólo se polarizan cada vez más entre sí en torno a temas cruciales de la agenda, sino que presentan fracturas internas cada vez más evidentes. Por otra parte, pese a que Obama dejó un país con una economía más fuerte que la que existía ocho años atrás y se anotó un éxito con

la reforma de salud que promovió desde el inicio de su gestión, también dejó a una clase media reducida y empobrecida, con enormes desigualdades, con una concentración de la riqueza en el vértice de la pirámide cada vez más insultante. Finalmente, dado el incremento interno de la inmigración y de la población de muchas razas, no es un dato menor que la población anglosajona en Estados Unidos avanza velozmente hacia convertirse en una minoría, lo cual no deja de inquietar a muchos. No es casual que, ante este escenario inevitable, resurjan posiciones xenófobas contra las minorías, con asesinatos de individuos de la población negra por parte de la policía y todo tipo de discriminaciones. Tenemos pues, en estos factores, muchas razones para explicar la llegada a la Casa Blanca de un presidente tan políticamente incorrecto en el plano democrático como Trump, aunque, como veremos más adelante, no son suficientes.

La pregunta aquí es: ¿cómo es posible que después de los signos inequívocos de madurez y civilidad que enseñó el pueblo estadounidense con la elección de Obama, ahora se reinvente nuevamente, pero en sentido contrario, o sea, apoyando con su voto causas y proyectos contradictorios con las reivindicaciones morales y cívicas que se habían conquistado? No se trata de descalificar *a priori* una nación desde posiciones absolutas y cerradas, pues los pueblos nunca han caminado por derroteros históricos preestablecidos. En todo caso, mutaciones tan abruptas en términos de mentalidades, independientemente de las preferencias ideológicas de quien las examina, están en espera de ser explicadas. Digamos que representan una curiosidad sociológica.

Visto desde Estados Unidos o Europa, que desde hacía mucho tiempo no resentían los embates de una crisis económica tan compleja como la actual ni los niveles de desigualdad que hoy presentan, es hasta cierto punto lógico que muchos empiecen a cuestionar a la propia democracia, o sea, a los gobernantes electos democráticamente, incapaces todos de enfrentar con un margen aceptable de eficacia las arremetidas de la crisis, independientemente de su origen partidista o ideológico. No sorprende, por ejemplo, que varios intelectuales europeos y estadounidenses propongan hoy, después de décadas de políticas neoliberales, un retorno a las políticas bienestaristas de antaño o que se introduzcan auténticas e innovadoras fórmulas redistributivas para compensar la creciente inequidad y malestar social que está dejando la crisis económica en todas partes y que de paso vulnera la legitimidad de la democracia (v. gr.: Roberts, 2013 y Beck, 2013). Tampoco sorprende que otros autores empiecen a considerar a la democracia como una ficción que ha dejado de ser comfortable, pues si antes prevalecía entre los ciudadanos en las democracias avanzadas una confianza básica en las instituciones que desalentaba su participación, hoy se ha incrementado la desconfianza, aunque eso no significa necesariamente que ahora los ciudadanos deseen involucrarse políticamente más que antes (v. gr.: Meaney y Mounk, 2014). Y, finalmente, tampoco desconcierta que hoy muchos piensen que la democracia es únicamente una forma de gobierno que permite que la gente tome malas decisiones sin destruir el orden político en su conjunto, o sea, que es una ilusión pensar que la democracia garantiza, a diferencia de otros regímenes, mejores resultados políticos o económicos (*ídem*).

Es en este contexto de sombras y dudas que hoy agobian a la democracia que debemos colocar el triunfo de Trump en las elecciones de 2016. Para empezar, que una democracia permita que los ciudadanos de un país puedan mutar sus preferencias radicalmente de una elección a otra, incluso a costa de ser señalados por todo el mundo como incongruentes, masoquistas o ignorantes, es más una virtud que un defecto de la democracia en cuestión. Por otra parte, que el resultado de una elección polarice a una sociedad no hace más que sugerir que dicha sociedad está en movimiento, es heterogénea y mantiene un grado consistente de involucramiento en los asuntos públicos. Con todo, no se puede negar que la llegada de Trump representa un retroceso desde el punto de vista de los ideales y los valores políticos que tan trabajosamente se han construido en Occidente.

Así, por ejemplo, para llegar a la Casa Blanca Trump articuló una retórica populista sumamente beligerante y políticamente incorrecta contra el *establishment*, un discurso de extrema derecha muy conservador y claramente falaz. Sin duda, Trump supo apelar a las inquietudes de un sector de la población estadounidense que ve con desencanto la situación de su país, cuyos últimos gobiernos han dejado de garantizar los niveles de bienestar de otras épocas. Se trata sobre todo de los anglosajones mayores de cuarenta años de clase media y que han visto deteriorarse sus niveles de vida y que, en consecuencia, son un terreno fértil para que aniden posiciones que desafían el *establishment* a favor de recuperar el pasado glorioso de la nación, vulnerado por los pobres desempeños de los

últimos gobiernos y por políticas sumamente permisivas hacia los migrantes y poco sensibles a las necesidades sociales de las mayorías.

En esas circunstancias, Trump supo leer a su electorado y le ofertó justamente lo que esperaba: un discurso con tintes xenófobos antiinmigrantes, violento y arrogante contra los enemigos externos, sumamente reaccionario, revestido todo ello de cierta antipolítica, por cuento Trump se colocaba a sí mismo como un *outsider* del sistema, un candidato antisistema, en las antípodas de todo lo que la mejor tradición política estadounidense ha detestado siempre, pero que muchos no desdeñaron.<sup>5</sup> El ascenso de Trump no deja de sorprender, no tanto por haber conectado con un electorado cautivo que lo llevó al triunfo, sino porque, justamente, haya quien crea que un empresario de la élite económica de Estados Unidos pueda ser en realidad un *outsider*.

Muchas páginas van a escribirse y muchos análisis van a realizarse para tratar de explicar el fenómeno

---

<sup>5</sup> Por antipolítica entiendo un tipo de política, o pseudopolítica, basada en una retórica que descalifica a la política realmente existente, para reivindicar en su lugar una nueva forma de ejercer el poder en beneficio del interés colectivo. Obviamente, se trata de una retórica en la medida que sus partidarios o exponentes, casi siempre políticos profesionales que han roto con o se han distanciado de los partidos que antes los apoyaban, también buscan el poder, aprovechando a su favor el malestar colectivo en contra de la política institucional (Cansino, 2017b).

Trump, pero para los fines de este artículo nos interesa subrayar sobre todo que Trump creó su propia mitología del éxito, la marca de un estafador y vividor que evade el fisco a su conveniencia, que hace negocios turbios, carente totalmente de carisma, políticamente repulsivo, pero que, con un discurso populista, falaz y cínico, supo liberar a sus simpatizantes de cargas morales largamente condenadas en el pasado y que ahora afloraban con inusitada arrogancia, como el racismo o la misoginia. Trump supo entonces, dar voz al resentimiento que muchos anglosajones habían guardado mucho tiempo y temían exhibir en voz alta. De hecho, la frase de Trump “Hagamos que Estados Unidos vuelva a ser grande” muchos la entendieron como “Hagamos que Estados Unidos vuelva a ser blanco”. En otras palabras, el apoyo a Trump no deriva de una crisis económica sino de una crisis cultural, que a su vez se alimenta de una crisis de credibilidad hacia todo lo que constituía el cemento de la sociedad estadounidense: la representación, el progreso, la democracia, la libertad, los medios, la tolerancia, los partidos políticos, etcétera. Está claro entonces que ningún país está exento de que en su seno ocurra un colapso cultural.

No sorprende entonces que, al día siguiente de ser elegido, en un hecho sin precedentes en Estados Unidos, millones de estadounidenses, pero sobre todo jóvenes que la prensa suele descalificar y estigmatizar como *millennials*, salieran a las calles de las principales ciudades estadounidenses a protestar por el triunfo de Trump y a hacer patente su repudio hacia el personaje. Lo curioso del asunto es que en este hecho más reactivo que activo,

nacido espontáneamente de la frustración y la impotencia de muchos por el sorpresivo resultado electoral, reside quizá la mejor explicación del triunfo de Trump, después de los años dorados de Obama.

En efecto, así como las NTIC, y en particular las florecientes redes sociales, aprovechadas convenientemente por el equipo de campaña de Obama, hicieron su parte para que muchos estadounidenses se engancharan con quien sería a la postre su presidente, con una propuesta de país fresca y novedosa como fue la suya, también las NTIC jugaron un papel clave para el triunfo de Trump, pero en un sentido contrario al de Obama. Mi tesis al respecto sostiene que las redes sociales, más allá de las muchas expectativas que generaron en su momento al considerarlas como la nueva ágora de deliberación pública, han terminado por contribuir más a la desinformación y el inmovilismo que al debate y el activismo ciudadano (Cansino y Molina Carrillo, 2019). Esto es así porque, quienes acceden al mundo primordialmente desde Internet, o sea, desde la pantalla de sus ordenadores o sus Smartphones –básicamente las nuevas generaciones de *millennials*–, adquieren una visión muy estrecha y parcial del mundo que los rodea. Así, por ejemplo, considerando la muy generalizada descalificación mediática de la que fue objeto el candidato Trump durante toda su campaña, quienes seguían la contienda por Internet no podían más que inferir que el republicano no tenía ni la más remota posibilidad de ganar. Obviamente, si las cosas pintaban de ese color no había razón alguna para acudir a las urnas, tal y como ocurrió en los hechos du-

rante aquella jornada electoral, a juzgar por las manifestaciones del día siguiente, una vez conocido el resultado, que catapultaron de sus casas a las calles, visiblemente consternados, a millones de *millennials* a lo largo y ancho de Estados Unidos. Algo similar puede decirse del Brexit en Inglaterra que, contra todo pronóstico, decretó la salida del Reino Unido de la Comunidad Europea, o el célebre plebiscito en Colombia, que decretó la negativa del pueblo colombiano de respaldar los acuerdos por la paz signados por su gobierno y los rebeldes, al menos en los términos en los que les había sido planteada.

En estos tres episodios existió un fenómeno de “espiral de silencio”, una suerte de voto vergonzante que no admitía públicamente el sentido de su decisión (abandonar el proyecto común europeo, decirle no a la paz con las FARC o apoyar un candidato cuestionado por sus posiciones extremas y hasta racistas como Trump), pero que fue creciendo hasta ser mayoritario en las urnas. Esto, a pesar de que la mayoría de los grandes medios en los tres países, así como amplios sectores de opinión y de la cultura, jugaron en contra. Un factor común de todas estas elecciones que sorprendieron al mundo es que los vencedores fueron capaces de apelar a las emociones básicas de muchos electores y crear “enemigos externos” contra los cuales votar. En Gran Bretaña y Estados Unidos, ese enemigo se personalizó en el inmigrante que supuestamente se estaba quedando con los trabajos y las oportunidades de los ciudadanos locales, y las campañas se enfocaron en reivindicar el nacionalismo. Estos casos recogen un sentimiento antiglobalización. En particular, Trump

fue un candidato anti-*establishment*, con una campaña anti-*establishment* y un discurso anti-*establishment*, lo cual no deja de ser una señal de alarma del grado de desconfianza y desafección que hoy concita la otrora incólume e inmaculada democracia en América entre los estadounidenses, una democracia renacida de sus escombros no hace mucho, con la llegada de Obama a la Casa Blanca, y hoy instigada y cuestionada nuevamente, por su nuevo inquieto.

En suma, a juzgar por el discurso conservador, reaccionario y fascista que Trump enarboló durante su campaña por la presidencia, fustigando por igual a las minorías raciales ajenas a la cultura estadounidense de los fundadores originales –discurso que al final lo llevó al poder–, en las elecciones del 2016 reaparecieron en buena parte del pueblo estadounidense –sobre todo en los anglosajones de clase media y baja– sentimientos que parecían superados con la llegada de Obama al poder ocho años atrás. Es como si los enemigos de Obama que tuvieron que aceptar con enojo y frustración que un afroamericano los gobernara, tuvieran ahora su venganza largamente esperada, con el arribo de un personaje ubicado en el justo opuesto de Obama: blanco, inmensamente rico, ignorante, reaccionario, vulgar, en suma, un excelente prototipo de lo que cierta literatura califica como un neopopulista de derecha (v. gr.: Fernández Santillán, 2018; Müller, 2017; Woodward, 2018).

No es casual que inmediatamente después del triunfo de Trump surgieran en todo el país manifestaciones de odio hacia las minorías étnicas, sobre todo a los latinos,

por parte de muchos anglosajones iracundos, como si volvieran a sentirse fuertes para expresar sin tapujos sus animadversiones raciales. Obviamente, por más crudo y poco romántico que ello sea, este hecho sólo puede significar que Estados Unidos, después de un breve intervalo de grandes cambios culturales en dirección de la tolerancia y la convivencia multicultural, se ha movido nuevamente hacia la intolerancia y la exclusión. Se trata sin duda de una regresión en las mentalidades y la democracia en América de grandes proporciones, como si las aguas volvieran a su cauce normal después de un intervalo extraordinario que quizá no vuelva a repetirse. Sin embargo, siempre queda la esperanza, pues los avances casi nunca son lineales e incrementales, sino que a veces ocurren retrocesos que, en caso de propiciar daños colaterales, generan nuevos impulsos hacia adelante. Por lo pronto, con lo que Trump ha dejado ver durante sus primeros años de gobierno, no cabe esperar milagros. Por el contrario, se prevén muchos y nuevos desastres que activarían entre los estadounidenses nuevos malestares y arrepentimientos, con consecuencias impredecibles.

## VI. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Desde tiempos inmemoriales, la verdad y la mentira se han enfrentado en diferentes momentos, circunstancias y escenarios. Es en el ámbito político donde su uso y abuso ha degenerado en distorsiones y prejuicios que han afectado a la política. Hablar de posverdad es referirse a la mentira política reeditada, lo que nos lleva a dos escenarios: 1) seguir expuestos a la industria de la mentira o

lo que Salmon (2010) llama estructura “subterránea”, que emplea a falsos periodistas, encargados de producir y difundir falsas noticias; y 2) continuar con el uso indiscriminado de campañas negativas en los procesos electorales que no solo afectan la legitimidad del sistema y sus actores, sino la gobernabilidad y la articulación de posibles consensos.

Además, con el surgimiento y el avance de las nuevas tecnologías, la posverdad ya no es sólo un tema que emana de las clases políticas dominantes en los países, sino también desde los núcleos más íntimos de la red, desde la misma sociedad civil que contribuye, consciente o inconscientemente, a alterar a la opinión pública en coyunturas trascendentales para la democracia representativa, como son las elecciones (Ibáñez Fanés, 2018).

Ya se han referido los casos que han experimentado una política llena de posverdad, como aquella que propició el surgimiento del término tras la campaña de Trump, con la fabricación de noticias falsas, para denostar al contrincante. Este contexto caótico conlleva a la exigencia del estudio de la posverdad en el terreno de lo político y desde la trinchera de la investigación científica. Se debe exaltar la necesidad de aportar a su conceptualización, ya que esto ayudaría a comprender mejor la temática y nos podría ofrecer campos de estudio específicos como lo es el terreno de la política y el de las elecciones.

## POST SCRIPTUM

El 14 de octubre de 2019 miles de estudiantes secundarios y universitarios se organizaron para evadir masivamente el pasaje del metro de Santiago de Chile, después de que el gobierno decretara su aumento. Después de una semana de enfrentamientos entre los protestantes y la policía, el presidente derechista Sebastián Piñera declaró que detrás de las manifestaciones se escondía una conspiración de la izquierda internacional cuyo objetivo era descarrilar a su gobierno y crear inestabilidad en el país: “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie y que está dispuesto a usar la violencia y la delincuencia sin ningún límite”. A ello se sumó la desafortunada declaración de la esposa del presidente, quien señaló que las movilizaciones eran realizadas por gente ajena al país, o sea, por “extraterrestres”, expresión que dio pie para que un periodista local calificara con ironía las protestas como “la rebelión de los extraterrestres”.

Durante esos días fueron incendiadas varias estaciones del metro y edificios públicos, por lo que el presidente Piñera decretó el Estado de emergencia y, posteriormente, el toque de queda, en diferentes ciudades, no sin dar marcha atrás al alza del pasaje del metro. Simultáneamente, se hicieron virales en las redes sociales varios videos que mostraban cómo decenas de personas vestidas de civil salían de vehículos militares y policiales para incendiar el metro y otros edificios, amén de varias acciones represivas contra civiles desarmados, incluyendo ni-

ños y amas de casa. Los testimonios mostraban crudamente que el gobierno estaba detrás de los desmanes para justificar la represión a los manifestantes y a la población en general. El montaje fue tan burdo que al día siguiente de circular los videos, millones de chilenos salieron a las calles de varias ciudades en las que han sido calificadas como las manifestaciones más concurridas de la historia. Sólo en Santiago se habla de un millón de personas. Al parecer, las autoridades se olvidaron de que hoy en día cualquier persona dispone de un celular y es capaz de divulgar imágenes y videos en tiempo real, nada escapa ya a la mirada vigilante de los ciudadanos.

Como consecuencia de todo ello, y para intentar frenar la escalada de protestas, Piñera ofreció a la ciudadanía retomar un tema larga e infructuosamente demandado por la sociedad chilena desde la época del dictador Augusto Pinochet: iniciar un proceso para aprobar una nueva Carta Magna. Para ello, en un hecho sin precedentes, el gobierno y la oposición se unieron para acordar la realización de un plebiscito en el que los ciudadanos decidirán si quieren o no una nueva Constitución, el cual se llevaría a cabo en 2020.

Por su parte, La Corte Interamericana de Derechos Humanos, organismo dependiente de la OEA, exigió medidas de reparación y justicia ante la violencia ejercida en Chile por parte de los carabineros. Ante ello, la policía chilena decidió dejar de utilizar los perdigones, dado los cuestionamientos que este tipo de balas recibieron (se estima que al menos 230 personas recibieron un severo daño ocular durante las manifestaciones). Sin embar-

go, tanto el gobierno como el ejército de Chile rechazaron abiertamente el informe elaborado por Amnistía Internacional, organización no gubernamental que investiga las violaciones a los derechos humanos ocurridas en diferentes países. Según cifras oficiales los enfrentamientos entre manifestantes y las fuerzas del orden arrojaron 23 muertos, cifra que ningún chileno acredita, dada la violación indiscriminada de todos los protocolos del uso de la fuerza por parte de la policía en Chile.

Simultáneamente a estos acontecimientos, se registraron protestas y movilizaciones en varios países tanto de América Latina como de Asia, África y Oriente Medio, en lo que algunos califican como un “Otoño insurgente”, rememorando la Primavera árabe y los Indignados de 2011. Como quiera que sea, lo que estos datos revelan es que la cuestión social está más activa que nunca, las protestas son cada vez más frecuentes y suman a millones de ciudadanos indignados por injusticias de todo tipo provocadas por sus gobernantes y producto de condiciones cada vez más inequitativas de desarrollo socioeconómico. La particularidad de estas nuevas movilizaciones, al igual que las del 2011, es el recurso masivo a las redes sociales, a través de las cuales se concreta la convocatoria y la agenda de la protesta, y se testimonian las injusticias y los abusos de la autoridad, así como la solidaridad popular. Quizá estas movilizaciones, a la larga, no logren plenamente sus objetivos o se diluyan en el camino, pero sientan las bases de una ciudadanía mundial cada vez más proactiva y solidaria, imposible de desoír o subestimar por parte de los gobernantes y las elites y las corporaciones que gobiernan en la sombra.

El caso chileno ofrece, además, una lección muy importante: a veces las sociedades deben fijar su posición a partir de dos versiones enfrentadas: una oficial, que descalifica las acciones populares por tendenciosas o por estar orquestadas por supuestos grupos enemigos de la patria, y otra que es documentada con imágenes y testimonios que revelan un montaje por parte de las autoridades para justificar la represión a los manifestantes. Por lo general, una de estas versiones cuenta a su favor con todo el aparato mediático existente para ser difundida y conseguir así el asentimiento social. Para ello, la veracidad de sus contenidos es secundaria, lo importante es concitar adeptos, aunque para ello haya que recurrir a la manipulación o la intimidación. Por su parte, la otra versión sólo cuenta a su disposición con las redes sociales para difundirse, y en estas tiene que competir también con la otra versión, en una confrontación que sólo los usuarios pueden inclinar hacia uno u otro lado. Ante esta disyuntiva, cualquier cosa puede pasar. Sin embargo, es un hecho que las sociedades ya no se dejan engañar fácilmente como en otros tiempos. Y si bien no tengo ningún argumento sólido para demostrarlo, creo firmemente que las sociedades en general avanzan hacia lo mejor y que las decisiones que al final prosperan en el cuerpo social son producto de una intuición colectiva que lleva a los ciudadanos a elegir lo que más los beneficia, elección que para fines prácticos constituye la verdad histórica. Lo señalo porque en los tiempos actuales de la posverdad, o sea, de los engaños y las mentiras por sistema, la verdad sigue siendo un valor para las sociedades y, muchas veces, el fiel de la balanza.

## BIBLIOGRAFÍA

ACHACHE, G. *El marketing político. El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona 1992.

AGAMBEN, G. *Estado de excepción*, Pre-textos, Valencia 2004, [1ª. ed. en italiano: 1993].

AMORÓS GARCÍA, M. *Fake news. La verdad de las noticias falsas*, Plataforma, Barcelona, 2018.

BARTLETT, J. *La red oculta*, Paidós, México, 2017, [1ª. ed. en inglés: 2014].

BAUMAN, Z. *Modernidad líquida*, FCE, Buenos Aires, 2000, [1ª. ed. en inglés: 2000].

\_\_\_\_\_. *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001, [1ª. ed. en inglés: 2001].

\_\_\_\_\_. *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires, 2004, [1ª. ed. en inglés: 2002].

\_\_\_\_\_. *Tiempos líquidos*, Tusquets, Barcelona, 2007, [1ª. ed. en inglés 2006].

Beck, U. *La sociedad del riesgo global*, Gedisa, Barcelona, 2001, [1ª. ed. en inglés: 1986].

\_\_\_\_\_. *German Europe*, Polity Press. Londres, 2013.

BECK, U., GIDDENS, A. y BAUMAN, Z. *Modernidad reflexiva: política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid, 1985, [1ª. ed. en inglés: 1997].

CALVILLO BARRIOS, J., AHUACTZIN Martínez, C.E. y CANSINO, C., “Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación”, en J. Sánchez Galicia (coord.) y C. Cansino (ed.), *Treinta claves para entender el poder. Léxico para la nueva comunicación política*, vol. IV, PISO15/ICP/CEPCOM/BUAP, México, 2017, pp. 215-227.

CANSINO, C. *La muerte de la ciencia política*, Debate. México, 2008.

\_\_\_\_\_. *La revuelta silenciosa. Democracia, espacio público y ciudadanía en América Latina*, BUAP/CEPCOM. México, 2010.

\_\_\_\_\_. “Diez tesis sobre el Homo Twitter”, *Revista de Occidente*, núm. 394, marzo, Fundación Ortega y Gasset, Madrid, 2014, pp. 21-30.

\_\_\_\_\_. “La rebelión del coro (o de cómo Twitter es intrínsecamente subversivo)”, en C. Cansino, J. Calles Santillana y M. Echeverría (eds.), *Del Homo Videns al Homo Twitter. Democracia y redes sociales*, BUAP, México, 2016, pp. 231-248 [una primera versión de 2012 puede encontrarse en la red: <https://textoshereticos.wordpress.com/2012/01/03/hoy-la-democracia-se-juega-en-twitter/>].

\_\_\_\_\_. “Viejas y nuevas tesis sobre el Homo Twitter”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, UNAM, vol. 62, N° 231, septiembre-diciembre, México, (2017a), pp. 389-406.

\_\_\_\_\_. “Antipolítica”, en J. Sánchez Galicia (coord.) y C. Cansino (ed.), *Treinta claves para entender el poder. Léxico para la nueva comunicación política*, vol. IV, Piso 15/ICP/CEPCOM/BUAP, México, (2017b), pp. 27-40.

CANSINO, C. y MOLINA CARRILLO, G. “Estados Unidos después de Obama”, en C. Cansino y G. Molina Carrillo (coords.), *¿Vecinos insumisos? La relación México-Estados Unidos en la era López Obrador-Trump*, ICI/Mariel, México, 2019, pp. 125-146.

CANSINO, C., CALLES SANTILLANA, J. y ECHEVERRÍA, M. (eds.), *Del Homo Videns al Homo Twitter. Democracia y redes sociales*, BUAP, México, 2016.

CANSINO, C., SCHMIDT, S. y RODRÍGUEZ, Nares (eds.), *¿Democratizando la democracia? De la Primavera árabe a los Indignados*, Juan Pablos/BUAP. México, 2014.

CARR, N. *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Taurus, México, 2011, [1ª. ed. en inglés: 2010].

\_\_\_\_\_. *Atrapados. ¿Cómo las máquinas se apoderan de nuestras vidas?* Taurus, México, 2014, [1ª. ed. en inglés: 2014].

CASTELLS, M. “The Internet and the Network Society”, en B. Wellman y C. Haythornwaite (eds.), *The Internet in Everyday Life*, Backwell, Oxford, 2002.

\_\_\_\_\_. *Comunicación y poder*, Alianza, Madrid, 2009, [1ª. ed. en inglés: 2006].

\_\_\_\_\_. *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de Internet*, Alianza, Madrid, 2012.

CHOMSKY, N. “Las diez estrategias de manipulación mediática” [<https://kaosenlared.net/noam-chomsky-las-10-estrategias-manipulacion-mediatica/>], 2013.

DE MORAGAS SPA, M. “Propaganda política y opinión pública”, en *Sociología de la comunicación de masas*, vol. 3, Gustavo Gilli, Barcelona, 1985.

DEBORD, G. *La société du spectacle*, Buchet/Chastel, París, 1967.

DIJCK, J. van. *The Culture of Connectivity. A Critical History of Social Media*, Oxford University Press, Nueva York, 2013.

ECHEVERRÍA BORJA, M. *Más “fact-checking” contra la posverdad*, Cuadernos de Periodistas N° 33. Madrid, 2017.

ECO, U. *Apocalípticos e integrados*, Tusquets, México, 2009, [1ª. ed. en italiano: 1964].

\_\_\_\_\_. “Las redes sociales le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas”. Entrevista [<https://actualidad.rt.com/actualidad/177851-umberto-eco-redes-sociales-legion-idiotas>], 2015.

ESPOSITO, R. *Catégories de l'impolitique*, PUF, París, 2005.

FERNÁNDEZ SANTILLÁN, J. *Populismo, democracia y globalización*, Fontamara, México, 2018.

GARCÍA BEAUDOUX, V. y D'ADAMO, O. J. “Campaña negativa: propuesta de una matriz de variables e indicadores para sus análisis”, II Congreso Internacional de Comunicación y Campañas Electorales, ALICE. México, 2013.

GONZÁLEZ-MOLINA, G. *Switchers, electores que definen el triunfo*, Global Talent University Press. México, 2012.

GRAY, J. *El silencio de los animales: sobre el progreso y otros mitos modernos*, Sexto Piso, México, 2012, [1ª. Ed. En inglés: 2011].

GRIJELMO, Á. *La información del silencio. Cómo se miente contando hechos verdaderos*, Taurus, México, 2012.

GUTIÉRREZ-RUBÍ, A. “Sobre el concepto de la posverdad”, charla con alumnos [[http:// bit.ly/2nAEKpN](http://bit.ly/2nAEKpN)]. 2017.

HABERMAS, J. *El discurso filosófico de la modernidad*, Taurus, Madrid, 1989, [1ª. ed. en alemán: 1985].

HAN, B.-C. *La sociedad del cansancio*, Herder, Barcelona, 2009, [1ª. ed. en alemán: 2010].

HIRSCHMAN, A.O. *The Rhetoric of Reaction*, Harvard University Press. Cambridge, Mass., 1991.

IBÁÑEZ FANÉS, J. (ed.). *La era de la posverdad. 14 Ensayos*, El País. Madrid, 2018.

KUNDERA, M. *La insoportable levedad del ser*, Tusquets, México, 1986, [1ª. ed. en francés: 1984].

LAKOFF, G. *Lenguaje y debate político. No pienses en un elefante*, Universidad Complutense. Madrid, 2010.

LASH, S. *Sociología del posmodernismo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2002, [1ª. ed. en inglés: 1994].

LIPOVETSKY, G. *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Madrid, 1986, [1ª. ed. en francés: 1984].

LLORENTE, J.A. (2017), “Realidad versus Percepción. La era de la posverdad”, *Revista Uno*, N° 27, marzo [www.revista-uno.com/numero-27/la-la-posverdad-realidad-vs-percepcion/]. Madrid, 2017.

LYOTARD, J.-F. *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1981, [1ª. ed. en francés 1979].

MANRIQUE, J. *¿Sólo tendencias? Populismo y posverdad*, Inmanencias. Madrid, 2016.

MAREEK, P. *Marketing político y comunicación*, Paidós. Madrid, 1999.

MCQUAIL, D. *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Paidós. Madrid, 1983.

MEANY, T. MOUNIK, E Y. “What was Democracy?”, *The Nation*, 13 de mayo [www.thenation.com/article/179851/what-was-semocracy]. 2014.

MEYER, L. “Posverdad o Postperiodismo”, *Ethic*, Madrid, 2017.

MORRIS, I. “La democracia y el desafío tecnológico”, en C. Cansino, J. Calles Santillana y M. Echeverría (eds.), *Del Homo Videns al Homo Twitter. Democracia y redes sociales*, BUAP, México, 2016, pp. 73-81.

MÜLLER, J.-W. *¿Qué es el populismo?*, Grano de Sal. México, 2017.

NAÍM, M. *El fin del poder*, Debolsillo, México, 2017, [1ª. ed. en inglés: 2013].

ORWELL, G. *1984*, Harvill Secker. Nueva York, 1948.

\_\_\_\_\_. *Animal Farm*, Harvill Secker. Nueva York, 1945.

PARISER, E. *El filtro burbuja. Cómo la red decide lo que leemos y lo que pensamos*, Taurus, Madrid, 2017, [1ª. ed. en inglés: 2011].

PASCAL BARRIO, B. y RUEDA ORTIZ, R. (s/f), “Sociedad red: cultura, tecnología y pedagogía crítica”, artículo electrónico [<https://www.uv.es/~jbeltran/ase/textos/pascual.pdf>].

PUTNAM, R. “The Prosperous Community. Social Capital and Public Life”, *The American Prospect*, vol. 4, N° 13, 1993, pp. 35-42.

RAMÍREZ, I. y MOSCOSO, G.L. “La actitud predisposicional al voto en Argentina. Variables individuales e incentivos contextuales”, *Revista Mexicana de Opinión Pública*, vol. 23, N° C, México, julio-diciembre 2017, pp. 9-18.

RAZGADO FLORES, L. “La comunicación política en México: propuestas para su análisis”, *Anuario de Investigación de la Comunicación*, vol. 9, CONEICC, México, 2002, pp. 101-131.

RENDUELES, C. *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*, Debate. México, 2015.

RICHTER MORALES, U. *El ciudadano digital. Fake-news y posverdad en la era de Internet*, Océano. México, 2018.

ROBERTS, A. *The Logic of Discipline. Global Capitalism and the Architecture of Government*, Oxford University Press. Oxford, 2013.

RODRÍGUEZ, D. *Memocracia. Los virales que nos gobiernan*, Ediciones Gestión. Madrid, 2015.

ROSANVALLON, P. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Manantial, Buenos Aires, 2007, [1ª. ed. en francés: 2006].

SARTORI, G. *Videopolítica. Medios, información y democracia de sondeo*, FCE, Madrid, 2003, [1ª. ed. en inglés 2002].

SALMÓN, C. *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear mentes*, Península. Barcelona, 2010.

SLOTERDIJK, P. *Extrañamiento del mundo*, Pre-textos Valencia, 2001, [1ª. ed. en alemán: 1993].

———. *Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira*, Pre-textos, Valencia, 2003, [1ª. ed. en alemán: 1993].

TOFFLER, A. *La tercera ola*, Paidós, Barcelona, 1997, [1ª. ed. en inglés: 1980].

TORRES, A. “Posverdad (mentira emotiva): definición y ejemplos” [<https://psicologia ymente.com/social/pos-verdad>], 2017.

VATTIMO, G. *El fin de la modernidad*, Gedisa, Madrid, 1989, [1ª. ed. en italiano: 1984].

WALZER, M. *Guerra, política y moral*, Paidós, Barcelona, 2001, [1ª. ed. en inglés: 2001].

WOLF, M. *La investigación de la comunicación de masas*, Paidós, Barcelona, 1987.

WOODWORD, B. *Miedo. Trump en la Casa Blanca*, Roca Editorial, Madrid, 2018.

ZARZALEJOS, J.A. “La era de la posverdad. Comunicación, periodismo y Fact-checking”, *Revista Uno*, Madrid, 2017.

ŽIŽEK, S. *El año que soñamos peligrosamente*, Akal, Madrid, 2012.

**TÍTULO SEGUNDO**  
**LOS DESAFÍOS**



## **A MANERA DE INTRODUCCIÓN**

### **NOTICIAS FALSAS Y DEMOCRACIA: LA GRAN OPORTUNIDAD**

RICARDO TROTTI\*

La desinformación es nociva para la salud institucional y la vida individual y social, así como el fraude electoral es perjudicial para la democracia.

Los “hechos alternativos”, la “posverdad” y las noticias falsas son nuevos calificativos de viejas mañas. En los nacionalismos eran la estrategia de la propaganda, como la repetición de mentiras que pregonaba Goebbels en el nazismo. En las dictaduras eran la “verdad oficial” que se instauraba por decreto. En los populismos son parte del relato emocional para adulterar la verdad, así sean datos sobre pobreza o inflación como manipulaban el kirchnerismo y el chavismo. El periodismo tampoco está librado de ellas.

---

\* Periodista / Director Ejecutivo de la Sociedad Interamericana de Prensa

Fueron el nutriente del sensacionalismo que nació hace más de un siglo tras la guerra por mayores audiencias y más influencias entre Joseph Pulitzer y William Hearst. Las mentiras estuvieron en tiempos bíblicos y sobrevivirán siempre porque el mal y el bien son esencia del ser humano.

El futuro luce poco halagüeño. Las nuevas tecnologías, la inteligencia artificial, la realidad aumentada, las nanotecnologías, la computación cuántica, la encriptación, más allá de estar concebidas para el bien, como el internet, también son usadas para fabricar y distribuir engaños con mayor sofisticación de lo que se hizo hasta ahora.

El ex fiscal de la trama rusa, Robert Mueller, demostró que con el operativo ruso Laktha las Fake News pueden ser fabricadas con facilidad y ser una pieza sustancial del arsenal propagandístico de un país para atacar a otro, sin necesidad de derramar balas o sangre.

#### Gran oportunidad

El panorama es complejo, asusta, pero no es sombrío. Y hay que abrazarlo con optimismo. El debate sobre noticias falsas ha creado mayor conciencia sobre la verdad y la rigurosidad en la creación y distribución de los contenidos, así como sobre la relevancia del buen Periodismo.

Desde que fueron trending topic, con Cambridge Analytica, el Brexit y las elecciones presidenciales de 2016; y las de cualquier país, mediante manipulación extranjera o por acción de ciberactivistas y bots usados por

gobiernos y partidos políticos, nunca se había experimentado algo tan formidable en el mundo como lo es esta discusión masiva sobre la verdad y la mentira, sobre la ética y la moral de la información.

Existe una revaloración por la verdad, por los contenidos de calidad de los medios. Los medios se posicionan a adoptar criterios éticos y hacer más transparente sus procesos periodísticos. Proliferan las organizaciones dedicadas al fact checking. Según el Poynter Institute ya existen 188 organizaciones en 60 países, 60 en Estados Unidos y 18 en América Latina.

Los medios están creando departamentos de chequeo de datos, disciplina que se está convirtiendo en un nuevo género periodístico. Las plataformas digitales empiezan a posicionar mejor los contenidos de los medios, como Facebook News una nueva pestaña en la red social que apareció la semana pasada, o Apple News y Wiki Media.

Además, contratan a las usinas de noticias falsas, y se sienten obligados a resguardar mejor los datos de los usuarios, otro de los talones de Aquiles de esta era hiper conectada. Google, con su nueva política, prioriza que las búsquedas pasen primero por los contenidos de calidad, que las búsquedas empiecen por fuentes de noticias más confiables, ofrece más contexto a los usuarios y contraataca a los malos, aunque admite que la tecnología todavía no está bien desarrollada para interpretar intenciones.

Los gobiernos empiezan a regular mejor, temas de transparencia, acceso a la información y reglas más estrictas sobre financiamiento de procesos y campañas

electorales y debates. Grandes investigaciones periodísticas sobre la influencia de Narcodólares y de operaciones encubiertas como la de Odebrecht están obligando nuevos planteamientos para defender la democracia.

La información buena se impone, pese a los ríos de desinformación. Y esa es una buena noticia. Repito. Como nunca, hoy se tiene mayor conciencia y se buscan herramientas para diferenciar la verdad de la mentira, el bien del mal.

¿Qué hacer?

En este contexto hay que dividir la paja del trigo. No hay que juzgar a las noticias falsas como un todo. Hay noticias falsas por intereses económicos, con la intención de que afecten el discurso político a través de botcenters y cibermilitantes y otras por entretenimiento, para descalificar y estigmatizar como en el caso de trolls dedicados al bullying.

Debe tenerse en cuenta que cualquier acción que se adopte debe juzgar las intenciones porque son muy diferentes la de un creador de usinas de noticias falsas, que las de un consumidor o distribuidor sin malicia o no precavido. De la misma forma que no se puede medir con la misma vara a un narcotraficante que a un consumidor de estupefacientes.

Y ante cualquier acción o política pública que se quisiera tomar sobre la desinformación, se deberá partir prioritariamente de estándares sobre libertad de expresión y sobre el derecho del público a saber.

Proteger el discurso, aunque sea falso.

En este sentido estoy de acuerdo con lo último que expresó Mark Zuckerberg hace un par de semanas en la Universidad de Georgetown, cuando defendió el discurso malintencionado y mentiroso. Estoy de acuerdo pese a lo errático que se mostró por años respecto a su responsabilidad sobre Cambridge Analytica, o por haber negado por largo tiempo el robo de datos personales desde su plataforma o el uso comerciales de los mismos.

Hace poco lo confrontó la senadora Elizabeth Warren. Acusó a Facebook de ser “una máquina de desinformación con fines de lucro” debido a la divulgación de propaganda política.

Zuckerberg contestó que Facebook no va a moderar las expresiones de los políticos ni verificar el contenido de los avisos políticos porque las opiniones políticas, aún si fueran falsas, siguen siendo relevante y de interés público. Twitter también ha dicho que no va a cerrar las cuentas de los políticos que al parecer transgredan sus políticas en contra del lenguaje violento, porque son parte del discurso público, aunque Jack Dorsey, su CEO, anunció que no permitirán anuncios políticos pagados.

El nuevo criterio de Zuckerberg se puso a prueba. Facebook publicó un video de 30 segundos de la campaña de Trump en el que se explicaba que Joe Biden había estado involucrado en actos de corrupción en Ucrania. CNN y NBC, entre otros medios, se negaron a divulgarlo argumentando que el video violaba sus normas de publicación.

Creo que los medios estuvieron en lo correcto al no haber difundido el video. Pero también creo Facebook estuvo en lo correcto al haber difundido el video. También creo que Facebook hace bien en defender el discurso político falso y que Twitter haya decidido no publicar más anuncios políticos pagados.

Esta dualidad que pudiera tener muchas más opciones demuestra el valor que tiene la libertad de expresión a la que no hay que comprenderla basada solo en el criterio de un medio o emisor, sino en la que puedan convivir políticas y criterios distintos. La libertad de expresión se basa en la pluralidad y la diversidad de criterios.

Algunos congresistas estadounidenses como Warren siguen amenazando sobre imponer regulaciones y puede ser riesgoso. Ya existen muchas leyes para regular acciones criminales, como la venta de datos personales o actitudes que no protegen la privacidad y hasta contenidos criminales que no son producidos por las plataformas ni por los medios, sino a través de ellos.

La regulación es pertinente para penalizar los delitos que abundan en las redes o en el internet profundo, como la apología de la violencia, el discurso de odio, el racismo o la pornografía infantil y la trata de personas. Pero, como dije antes, las noticias falsas no deben considerarse un acto criminal, sino su intención es la que las puede convertir en delito. Por ello tiene que velarse por un equilibrio constante con la libertad de expresión para no afectar el derecho del público a saber.

No regular en exceso, para preservar la libertad.

Para preservar la libertad de expresión habría que evitar caer en una manía reguladora que pueda impulsar un mal mayor del que se trata de remediar. Preocupa que estén emergiendo controles que pueden ser más contraproducentes que las noticias falsas en sí. Desde Europa a América Latina, varios gobiernos iniciaron enérgicas carreras legislativas para controlar la desinformación en las redes sociales –no solo en época electoral como circunscribe al tema el informe Mueller– sino en todo momento, corriéndose el riesgo de desbordes legales que terminen por censurar debates que el público debe estar en condiciones y en libertad de mantener.

El ejemplo de las leyes de propaganda enemiga y contra la discriminación y el odio, en Cuba, Venezuela y Bolivia son ejemplos de cómo las leyes pueden tener la intención aviesa de censurar el debate público mediante excusas de apariencia loables.

Muchos descubrimientos periodísticos –Panamá Papers, FIFAgate, Paradise Papers, Odebrecht o la trama rusa– fueron en su origen tildados de noticias falsas, por lo que una ley que legalice la censura podría haberlas restringido en su origen y no tendríamos ahora todas las ventajas que esas investigaciones trajeron atrajeron como consecuencia.

Creo que soportar mentiras, es el precio para pagar para descubrir verdades. La falsedad, incluso con la intención de causar daño, a veces es el precio por vivir en libertad.

Los legisladores no deberían apresurarse a legislar. Deben ser prudentes, permitir que el tema decante en la opinión pública e incentivar más debate. Si se legisla cuando todavía existe confusión, se corre el riesgo de sobreactuar y extralimitarse con las prohibiciones.

En ese sentido y a pesar de lo que hacen algunos países europeos, como Francia y Alemania, la Comisión Europea en un estudio publicado en 2018 estableció que la cuestión de la desinformación no pasa por regular. Posiciona como prioridad la necesidad de crear programas de alfabetización mediática y digital. Plantea que debe respaldarse más a los medios de comunicación, como por ejemplo la ley que luego aprobó para que los medios, como creadores de contenido, reciban regalías por derecho de autor, esto en consideración que las plataformas usan muchos de esos contenidos para publicar publicidad comercial, la que justamente se acaloró de los medios.

Estos temas también los planteó la reciente guía de recomendaciones sobre procesos electorales sin interferencias indebidas de la Relatoría Especial de la CIDH. Asimismo, lo estableció la SIP en su Declaración de Salta de 2018, el primer documento sobre libertad de expresión en la era digital que reparte derechos y responsabilidades por igual a periodistas, medios, políticos, gobiernos, plataformas y usuarios. Los gobiernos deben cuidarse de tomar medidas regulatorias desproporcionadas y no usar el derecho penal para castigar la opinión y el debate y las noticias.

Se debe fortalecer el marco de los datos personales para que no sean utilizados por la publicidad comercial o la propaganda. Los gobiernos deben crear escudos para la desinformación en procesos electorales y no deben distribuir, crear o manipular campañas de noticias falsas de terceros.

Se deben crear más agencias de verificación de datos. La academia debe seguir investigando sobre el impacto de las noticias falsas sobre sus causas y efectos.

Conclusión: Sin patente de corso

Esto no implica extender una patente de corso. Pero sí implica tener la sapiencia necesaria para abordar este debate desde la perspectiva de la libertad de expresión. Puede ser contraproducente –como reconoce la relatoría– que se pida a entidades privadas como Facebook o Google, que se autorregulen y censuren, porque en el celo por la eficiencia la censura privada puede ser tan gravosa como la censura de los gobiernos autoritarios, siempre prestos a hacer absolutamente todo sin debido proceso.

No debe quedar en manos de censores, privados o públicos, lo que como ciudadanos debemos tener el derecho a recibir. Distinguir entre lo falso y lo verdadero es otro tema.

Por ello rescato la frase de la Guía de la relatoría: debe haber “respuestas no regulatorias para potenciar las capacidades de los ciudadanos”, y así puedan distinguir entre información falsa y verdadera.

Por esto, creo que toda política debiera centrarse en la perspectiva de la libertad de expresión y ante ello lo que se impone es la responsabilidad de los medios y periodistas, de los partidos políticos y gobernantes, de los académicos y líderes religiosos, y de las organizaciones civiles, así como la responsabilidad de cada uno de los individuos o usuarios a dar el ejemplo, sobre la base de la búsqueda de la verdad y la distinción con las mentiras.

No quiero sonar ingenuo, pero creo que estamos en los orígenes de una nueva revolución, la de la verdad, y no debemos desperdiciar esta oportunidad para abrazarla con optimismo y sabiduría.

# MÁS ALLÁ DE NUESTRA HISTORIA POLÍTICA E INFORMACIÓN EN EL ECOSISTEMA DIGITAL\*

ASDRÚBAL AGUIAR\*\*

**RESUMEN:** *Estamos ante una Era distinta que muestra una tensión novedosa entre el poder político y los medios de comunicación social, a propósito de una opinión pública afectada por fuerzas de dispersión y segmentación social*

- 
- \* El texto resume y sistematiza nuestras intervenciones en el panel ¿Son las redes sociales una amenaza para la democracia? junto a los expresidentes Laura Chinchilla de Costa Rica y Jamil Mahuad de Ecuador (75ª Asamblea Anual de la Sociedad Interamericana de Prensa / Miami, 7 de octubre de 2019); en el encuentro anual Plan País/USA (SciencesPo/Paris, 14 y 15 de noviembre 2019), y en el panel sobre Comunicación y Transformación Digital junto al expresidente Miguel Ángel Rodríguez de Costa Rica (Cámara Nacional de Radio / San José, 31 de octubre de 2019). Hago constar mi sentido agradecimiento al académico venezolano Rafael Tomás Caldera, por su lectura y observaciones pertinentes.
- \*\* Doctor en Derecho y Catedrático (Universidad Católica Andrés Bello / Miami Dade College). Miembro de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias, Artes y Letras de España

*incontrolables, signada por la inmediatez y la fugacidad de lo comunicado y que construye verdades a la medida, líquidas, de circunstancia. Servir a la verdad y asumirla como derecho –¿a la democracia, a los mismos derechos? – es el desafío que podrá cauterizar la mentira como fisiología de los populismos y reguladora de una virtualidad informativa en tiempos de incertidumbre.*

**ABSTRACT:** *We are facing a distinct era that shows an unknown tension between political powers and the media in regards to the public opinion affected by uncontrollable forces of dispersion and social segmentation, marked by the immediacy and the fleeting nature of what is communicated and by building liquid, custom-made, circumstantial truths. Serving the truth and assuming it as a right - To democracy? To those same rights? - It's the challenge that can cauterize the lie as a physiology of populism and a regulator of an informative virtuality in times of uncertainty.*

**PALABRAS CLAVE:** *Poshumanismo. Estado. Carta democrática. Posdemocracia. Fake News. Dignidad humana. Derecho a la verdad. Ciudadanía digital. Ética política. Relativismo.*

**KEYWORDS:** *Posthumanism. State. Democratic charter. Post-democracy. Fake News. Human dignity. Right to the truth. Digital citizenship. Political ethics. Relativism.*

## **PRELIMINAR: EL “POSHUMANISMO”**

*“Hay quienes dicen –y con razón– que la crisis que vive la Humanidad no es simplemente el anuncio de una nueva época histórica. Toda una era en la evolución geo-bio-morfológica terráquea está llegando a su fin: la del laboreo de los metales comenzada hace más o menos veinte mil años en el cuaternario. Probablemente estemos por ingresar a una nueva fase, que será por fin la de la dimensión humana, en la cual nuestras concepciones existenciales habrán de cambiar”. Juan Carlos Puig, Integración latinoamericana y régimen internacional, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, 1987*

*“Un hombre que pierde la capacidad de abstracción es «eo ipso» incapaz de racionalidad y es, por tanto, un animal simbólico que ya no tiene capacidad para sostener y menos aún para alimentar el mundo construido por el homo sapiens... El hombre se ha reducido a ser pura relación, homo communicans, inmerso en el incesante flujo mediático» (De Matteis, 1995, p. 37). Sí, homo communicans; pero ¿qué comunica? El vacío comunica vacío, y el vídeo-niño o el hombre disuelto en los flujos mediáticos está sólo disuelto”. Giovanni Sartori, Homo Videns. La sociedad teledirigida, Taurus, Buenos Aires, 1998.*

Intentaremos entender lo que ocurre en Occidente, preñado de sismos sociales envolventes. Atrapado entre la ruidosa violencia callejera y el amortiguado subterráneo de *Fake News* y controles digitales en expansión que se multiplican, aquella y estas, con el apoyo de las redes sociales y el incisivo accionar de factores de poder político y financiero global, coludidos con la criminalidad transnacional, que es, a fin de cuentas, de lo más perverso.

Un paso más atrás reparo en la actuación reciente de las Naciones Unidas sobre Venezuela, uno de los ejes o laboratorios del Foro de São Paulo que explota, azuza y estimula a conveniencia el señalado escenario o desajuste de las capas tectónicas de la civilización en avance, robándose los derechos de autor sobre un fenómeno de mayor calado y complejidad, e imponiendo su relativismo, la llamada corrección política, “su” amoral progresismo.

Entre tanto, el Secretario General de la ONU, Antonio Guterres, o mira por el retrovisor del tren de la historia –administra la comunidad de Estados que se forja a partir de 1648 como si aún existiese y hace aguas– o se

diluye, para no comprometerse, en el plató digital de la posverdad, hecho de realidades parciales y sus manipulaciones a conveniencia.

Encuentro a beneficio de inventario un neologismo que, a tal propósito, puede agregarse al río de neologismos acuñados desde inicios del corriente siglo –incluso antes, en 1995, cuando el argentino Norberto Ceresole le habla de “posdemocracia” al fallecido militar y exgobernante venezolano Hugo Chávez Frías– y es útil para describir el panorama de galimatías que viene usando de la desconfianza colectiva y la desafección política de la gente para entronizar el caos cultural en la plaza pública. Ese neologismo es el “poshumanismo”.

La dignidad humana y su respeto han sido las bases y el desiderátum de la cultura occidental y cristiana, reivindicadas durante la última mitad del siglo XX. Han obligado, en casos de colusión con los atributos o potestades del Estado, a que la Justicia constitucional decida siempre a favor de la libertad, Pro Homine et Libertatis. La doctrina social de la Iglesia recuerda, a propósito, que la persona es el centro y finalidad de la vida política y económica, proscribiendo su cosificación, como ocurre bajo los totalitarismos comunista, nazi y fascista.

El caso es que, siendo el hombre la verdad terrena y objetiva, no perfecta sino perfectible, inteligente pero limitada, necesitada de los otros y que se concreta en el Homo Sapiens: atado a la racionalidad teórica y práctica, luego de volverse Homo Videns o feligrés acrítico de las imágenes parciales de lo real que les muestra la televisión, ahora deriva en Homo Twitter. Beneficiario y mejo-

ría de los anteriores: retoma la escritura, pero en términos metafóricos y pocos caracteres, y la relaciona con las imágenes recortadas de la realidad que importan a su estado de ánimo o su animosidad, no obstante, arriesga en su práctica de vida introspectiva volverse un dígito o número dentro del torrente de las comunicaciones planetarias y el mundo de lo virtual.

Desheredado de los espacios –abandonando el hogar estable que pasa de abuelos a padres, negado al trabajo seguro y para toda la vida, ajeno a su patria de bandera que considera inútil o pieza de exhibición, sin lazos de lealtad “hasta que la muerte nos separe”– lleva el Homo Twitter una vida de nómada. Practica sobre las redes una existencia de descarte, prêt-à-porter, de emociones momentáneas. Es, de suyo, inevitablemente narcisista. Es fácil presa de los inescrupulosos de la política y del poder ahora dentro de las plataformas, mientras no se eduque para el dominio de la inteligencia artificial y amplíe sus perspectivas sobre la verdad en medio de la realidad líquida, en movimiento constante, inestable y que es dominante como lo recuerda Zigmunt Bauman, sociólogo y filósofo de origen polaco, fallecido en 2017.

De modo que, de no encontrarse pronto una fórmula que instituya o reinstituya los lazos mínimos de pertenencia humana capaces de reunir a las cavernas platónicas o burbujas de sombras diversas en las que se están transformado nuestras sociedades “sin Estado” y de vocación fundamentalista: ambientalistas, feministas, anarquistas, LGBT, de tribus urbanas, grupos étnico-raciales o neoreligiosos, nacionalistas –avanzará el Homo hacia

el plano de la inteligencia prestada o por encargo—. El componente digital desechable terminará ejerciendo su libre albedrío y conocerá aquél, entonces, al Homo Deus ex Machina que nos describe una reciente obra de Yuval Noah Harari.

Como prisioneros del desorden, los individuos que esta vez deambulan dentro de multitudes sin freno e inconexas, mostrando indignación por lo que les ocurre a diario y a cada uno como individuos, todos a uno o gritan desahogados —las mujeres desnudas emulan al planeta de los simios y a la par queman libros o imágenes sagradas— o endosan la máscara del Jóker. Como en el teatro de la antigua Grecia, a través de esta proyectan su desenfado y sus personalidades, y pasan en instantes desde el estadio de la bonhomía como discurso hasta la criminalidad más desembozada; para luego volver al principio, en un tejer y destejer, en un andar y desandar, sin ruborizarles la polaridad.

Ocupan las calles de distintas capitales en el mundo. Han mordido en el árbol de la ciencia. No quieren más ataduras que las suyas propias. Dicen no necesitar de Dios ni de los otros, a lo más de sus semejantes y jamás de los diferentes, pues se asumen como dioses posmodernos. Olvidan lo escrito en el Génesis: “No comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás”.

Lo primero, entonces, y será mucho para las generaciones que se despiden, es entender el distinto ecosistema ya instalado, pues marca un cambio de Era. En esta

de poco sirven las categorías y lenguajes heredados. Urge saber, ello sí, si seremos capaces de salvar la naturaleza del hombre, varón o mujer, su inalienable y eminente dignidad como persona, y que, como verdad sólida y constante, por lo visto, parece disolverse bajo el movimiento de unas aguas que se vuelven olas y tempestad.

## I. MÁS ACÁ DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Hace 30 años cae el muro de Berlín. Predica el final de las ideologías, del comunismo y, como se cree, la sobrevivencia del capitalismo y el estado liberal dentro de un marco de consensos inevitables que se conoce como pospolítica. No se repara luego en lo que desde entonces es esencial. Apenas se repite sucesivamente lo cosmético, como el renacimiento marxista, primero bajo el socialismo del siglo XXI, llamado luego “progresismo” para engaño de incautos. Entre tanto, algunos señalan la llegada del posliberalismo (Javier Tusell, *El País*, 10 de abril de 2001): No habría más piedras filosofales y se acepta que son recónditos los caminos por los que recorre la naturaleza del hombre.

Lo vertebral, como lo veo, es que ocurre un parteaguas que nos lleva más allá de lo conocido y trastorna todos los ámbitos de la existencia humana. No hay continuidad histórica ni enlaces entre etapas, sino fractura con el pasado y todos sus conceptos. Sus primeras manifestaciones son el agotamiento del Estado y la república modernos: odres que atan a las gentes y las distribuyen en el

espacio territorial, alrededor de las ideas de la nación y la ciudadanía, ofreciendo acotamientos, seguridad, fundados ambos en la necesaria “amistad civil” y/o en el interés común.

Giovani Sartori (“*¿Where is Political Science Going?*”, PS, Vol. 37, N°4, octubre 2004), a la sazón y además, expresa su angustia al advertir que el paso desde los estudios políticos hasta la ciencia política, bajo influencia de la escuela norteamericana de la que él formara parte, a diferencia de la británica vino a significar la reducción de lo político a lo cuantitativo y metodológico. Se entierra a la razón, al pensamiento. Se considera que quedan para los antropólogos, entre otros tantos, Maquiavelo y Montesquieu, como lo refiere César Cansino (*Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada*, Temas y Debates 14, Dossier, diciembre 2007).

Ocurre así, como sintomatología, la insurgencia que se observa de fundamentalismos sociales dispersos y atomizados con la vuelta consiguiente de los enclaves primitivos; animados, al paso, por la cuarta revolución industrial, la de la digitalización y la interconectividad, que rompe la relación del espacio con el tiempo y los desdibuja con la inmediatez, la instantaneidad, la velocidad de vértigo en la práctica de las experiencias humanas. Es algo más que la señalada preeminencia del tiempo sobre el espacio, como anota la enseñanza pontificia (*Evangelii Gaudium*, 222 ss.).

El mundo de la inteligencia artificial, la biotecnología, la robótica, la nanotecnología, en lo particular las redes sociales y el Internet, es ahora el sustitutivo de la plaza pública. Tiene ventajas inagotables y asimismo ofrece peligros sumos por la mala disposición que se haga del mismo y durante el tiempo del aprendizaje sobre lo que ahora cambia a cada instante, a cada segundo.

Se impone esta vez, veamos un ejemplo, la Era mal llamada de la “sociedad” de la información que, antes bien, segmenta y desperdiga a la añeja opinión pública; la individualiza y atomiza, a pesar del actual encuentro de casi toda la Humanidad en el espacio común de lo virtual y de la intempestiva como fugaz coincidencia de sus voluntades. Yuval Noah Harari (*Homo Deus. Une breve histoire du futur*, Albin Michel, Paris, 2015) señala, no por azar, que “la ciencia del siglo XXI avanza para minar los fundamentos del orden liberal”: individualismo, derechos humanos, democracia, mercados; o acaso los vuelve piezas de museo, a menos que varíen en sus significados.

En la medida en que las redes diluyen los viejos lazos de la ciudadanía estatal fronteriza y cultural, relativizando los espacios y al mismo tiempo, de seguidas ayudan a una reorganización alrededor de los “ismos”, particularismos, chauvinismos, nacionalismos, y de los semejantes, separándolos de los diferentes. Unos y otros se encierran dentro cavernas virtuales o burbujas de neta inspiración platónica, a pesar de los alegatos culturales e históricos sobrevenidos. Las realidades objetivas y/o materiales ceden ante aquellas y, de consiguiente, se privilegia al imaginario, a la sombra, a lo subjetivo, a la experiencia

instantánea atemporal. Cada hombre, varón o mujer –copio los giros de Cansino y de Harari– como Homo Twitter se asume en lo adelante y ve situado en otra escala superior, la del Homo Deus.

Urge, entonces, una clara comprensión de este ecosistema por parte de los actores académicos, políticos, religiosos, y de quienes hacen vida en los medios de comunicación social tradicionales, si se trata de o aspiran a recomponer el ágora mínima y restablecer el necesario tejido social, los enlaces básicos que hagan posible la convivencia futura y su gobernabilidad.

Acaso será imprescindible, luego, la elaboración de otras categorías constitucionales más adecuadas a ese cosmos emergente e inédito, como lo pide y recomienda Luigi Ferrajoli, filósofo del Derecho florentino (*Principia Iuris. Teoría del derecho y de la democracia*, 2, Madrid, Trotta, 2007), y que a la vez salven los valores éticos y permanentes de la libertad, los anudados a la naturaleza inmodificable del ser humano.

Se trata, justamente y en la hora, aquí sí, de «instituir», que es algo más sustantivo que modelar «instituciones» o reformular «políticas públicas». Es captar la modelación cultural emergente en sus raíces y sustancias, a fin de definirla como patrón compartido dentro de una realidad informe de células humanas que han perdido sus ataduras en la transición.

Junto al dato tecnológico o digital –que al término debería ser instrumental, a menos que nos arrastre como tsunami y se aproveche, dada su violenta instantaneidad,

de la ausencia o imposibilidad real de sostener un espíritu social e individual crítico— cabe considerar y tener presentes dos aspectos básicos: Uno es que la ciencia, desde siempre, escruta hasta en sus profundidades a la naturaleza que nos rodea: a la madre tierra, para desentrañarla, para comprenderla mejor, tanto como persiste en su empeño milenario de ampliar la temporalidad de la vida humana. Otra, la significación trascendental, para lo que nos ocupa, de las nuevas tecnologías, dado que ingresamos en una Era que, además de conocer e intentar reducirnos como especie a lo determinado por nuestro mapa genético, pone en entredicho al valor de los territorios y la misma corporeidad, asumiendo como su paradigma ya no al tiempo sino al vértigo y lo inmaterial. Ella diluye las ataduras conocidas y provoca movimientos sísmicos constantes en la experiencia de la vida, que se hace experiencias sin límites, negadas al reposo.

Así las cosas, el fundamentalismo y la pulverización social sobrevenidos [las logias políticas, sean «bolivarianas» o «ambientalistas», de pueblos originarios o afrodescendientes, de tribalismo urbano o de grupos LGBT y también feministas, etc. y hasta de quienes se le oponen en el otro extremo mal llamado de la «antipolítica»], obedece, justamente y en síntesis, a esa cuestión de fondo en la que insistimos, que bien explica Thomas Meyer (“El fundamentalismo en la República Federal Alemana”, *Debats* 32, junio de 1990, Madrid, pp. 79 y ss.):

“Nuestros inseguros contemporáneos [experimentan] las contradicciones y las decepciones... cuando, en la sensibilidad de los afectados, las exigencias que se

plantean sobrepasan hasta lo insoportable los consue-  
los y promesas que pueden encontrar” de manos de  
los centros de poder previamente conocidos, como  
los partidos y el mismo Estado. Ha lugar, así, a “mo-  
vimientos [de fundamentalismo vital] que se apartan  
del pluralismo, la apertura y la responsabilidad indi-  
vidual del moderno mundo de vida y se orientan a la  
certeza de conocimiento absoluto que ofrecen for-  
mas de vida cerradas, sólo posibles a cambio del  
abandono de la autonomía y la responsabilidad indi-  
viduales”.

No se trata, en suma, que la Cortina de Hierro se haya  
derrumbado en 1989, hace 30 años. Tampoco se relacio-  
na, todo esto, con el esfuerzo para abandonar la tierra y  
conquistar el espacio que cristaliza con la llegada del  
hombre a la luna hace 60 años; ni con la posibilidad que  
se hace cierta hoy, en 2019, transcurridos 30 años, de  
viajar desde Pekín hasta Nueva York en dos horas con el  
I-Plane chino. Se trata de lo ya dicho.

Estamos ante una Era distinta que trasvasa a la histo-  
ria –que no es lineal, por ser humana– y que incluso  
anuncia desde ahora su próximo paso, hacia la quinta re-  
volución industrial, la de la singularidad tecnológica, la  
del posible traslado final de la conciencia hacia una má-  
quina.

Más que en un simple contexto global diferente o una  
estación o edad dentro de un ciclo histórico continuo, en  
síntesis, vivimos en el cosmos de la inteligencia artificial  
y bajo el dominio de sus inéditas características como

ecosistema. Su efecto, en la transición larga que se inicia en 1989 y concluye en el año corriente, pasados 30 años, acaso para dar lugar a otro proyecto generacional de igual durabilidad, es la desafección con el orden abstracto y “canónico” –social y político– conocido; es la dispersión social, de suyo la atomización de las narrativas, únicamente atadas en lo inmediato por la indignación, por la desconfianza, por la incertidumbre, quizás por la común reivindicación de la dignidad humana o la consideración personal, vaciada a cada instante y con rabia evidente sobre los servidores digitales.

## **II. HACIA LA FUSIÓN DEL CUERPO CON LA MÁQUINA**

Las violentas y recientes manifestaciones, coincidentes temporalmente, en Cataluña, París, Hong Kong, Santiago de Chile, Argel, Teherán, Taraz, Quito, La Paz, Beirut, Bogotá, Tegucigalpa, nada tienen que ver, a manera de ejemplos, con las de hace 30 años, como la de El Caracazo o la masacre de Tiananmén. Estas, en sus motivaciones son precisas y unitarias: rechazo de la corrupción, rezago en el bienestar, agotamiento de los partidos políticos, reclamos de democratización.

El fundamentalismo de 1989 –cuando se cocina la insurgencia armada “bolivariana” en Venezuela y se desplaza la justificación institucional clásica de los golpes de Estado castrenses, o en Alemania, donde emerge con virulencia el ambientalismo y el neofascismo– tampoco ninguna relación encuentra con los fundamentalismos del

presente o, mejor, con el “salir a la calle” de quienes se encuentran separados como en una reedición, cabe repetir, del mito de La Caverna, multiplicado exponencialmente.

Las manifestaciones e insurgencias populares actuales proceden de una insatisfacción innominada. Son hijas de la anomia, aguas abajo del fenómeno de desarticulación social en curso, de la pérdida del hondón de la ciudadanía y la emergencia de un sentimiento de orfandad que sigue a la ruptura de la idea de la “amistad social” que es base de la ciudad: soporte de la confianza y articulador de la política, como lo anotase Meyer. Se reacciona, entonces, de manera difusa y contra lo abstracto del interés colectivo y por creérselo, como concepto, indiferente ante el enojo parcelado e íntimo de cada internauta o ciudadano ahora digital, que se mueve o moviliza bajo los estímulos de sus pares o semejantes a través de las redes.

En cada protesta, cada uno de los manifestantes, enojado por razones propias y separadas, multiplicadas, se direcciona contra el único foco visible, el Estado en agonía, su gobernante, de izquierdas o de derechas, al que lapida por razones meramente incidentales. Y no se olvide que el “incidentalismo” es lo que nutre a la plaza pública digital; es émulo de la incidencia judicial, la que obstaculiza y distrae a fin de postergar o evadir el conocimiento de un asunto o cuestión de fondo. La percepción de la confianza traicionada –medida en términos subjetivos y a la luz del comportamiento personal de cada actor político– pesa más que la eficacia del trabajo oficial por el Bien Común.

El asunto de marras es muy complejo. Tiene que ver, entre otros elementos y cabe insistir en ello, con una realidad hasta ayer objeto de la ciencia-ficción y que se nos vuelve cruda y muda. El Parlamento Europeo (Normas de Derecho civil sobre robótica, Resolución del Parlamento Europeo de 16 de febrero de 2017, con recomendaciones destinadas a la Comisión sobre normas de Derecho civil sobre robótica) nos la describe en una de sus variantes, para mostrarnos los efectos invasivos y metastásicos sobre la política y el acontecer humano del entorno digital y las redes inteligentes:

“Desde el monstruo de Frankenstein creado por Mary Shelley al mito clásico de Pigmalión, pasando por el Golem de Praga o el robot de Karel Čapek –que fue quien acuñó el término–, los seres humanos han fantaseado siempre con la posibilidad de construir máquinas inteligentes, sobre todo androides con características humanas”; y “existe la posibilidad de que a largo plazo [¿?] la inteligencia artificial llegue a superar la capacidad intelectual humana”.

El caso es que el mundo de la inteligencia artificial se ha instalado a cabalidad. Cabe, pues, nos aproximemos al mismo con sabiduría no bastando la «inteligencia», admitiendo o considerando que para su manejo de nada sirven los símbolos y categorías del siglo XX, menos los del XVIII y XIX, cuando tienen lugar las revoluciones que les dan textura a nuestros sistemas constitucionales, económicos, sociales y libertarios.

Lo inevitable y rupturista son las nuevas relaciones y los actores emergentes dentro de este teatro novedoso de la ciudadanía digital y de la industria 4.0, cuyo avance no se detiene y viene desplazando a los rezagados e inútiles, a los carentes de sabiduría digital: a quienes como políticos o predicadores de oficio viven en el pasado o en estado de vacuidad, o quienes, como los europeos, avergonzados de sus raíces, de la civilización greco-latina y cristiana que las ha nutrido, se hacen agnósticos y/o relativistas en la coyuntura, por incapaces de sostenerlas.

Las amenazas y los tropiezos, sin embargo, pueden no ser fatales o trágicos, como las que señala el Parlamento, y tampoco en sus consecuencias. Al cabo, el hombre, varón o mujer, es aún el mismo; antes, eso sí, de que se imponga la denominada ley de rendimientos acelerados o del ordenador que se mejora por sí mismo sin que lo entiendan ya sus usuarios, a quienes fusiona dentro de su realidad hiper tecnológica (Daniela Kutschat Hanns, “Cuerpo-tecnología: Una cuestión de interfaz”, en la obra colectiva de Ileana Hernández García, *Estética, ciencia y tecnología: Creaciones electrónicas y numéricas*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2005).

Incluso así, si miramos hacia atrás, también la tecnología de la radio y la televisión produjo, en su hora, dictaduras oprobiosas y democracias imperfectas, sin volverse sólidas o fatales. Cada individuo o cada microcosmos social emergente, por ende, siempre está a tiempo de servirse de los logros ingentes y exponenciales de su ciencia y no de servirlos como esclavo. Ha de superar,

para ello y aquí sí, el ambiente de posverdad o de “mentira emotiva” imperante. Ha de rescatar y sostener a la razón y la relación de la ciencia con la sensibilidad emocional, en el plano de la naturaleza real, persuadido de la perfectibilidad de lo humano. Sólo, de tal manera, será capaz de discernir sobre la manipulación de las realidades en curso –Fake News son la expresión más protuberante– advirtiéndolas a tiempo y para salir de su cueva cada vez que lo desee, cuando le agobien las sombras de su introspección o el narcisismo digital.

Ante nuestros ojos, en síntesis y repitiendo, se ha hecho presente un panorama signado por la invertebración social, la indignación, la inmediatez conductual y política, que siguen al debilitamiento o desaparición de las polis como puntos de armonía y encuentro entre las personas: proyectos unos y únicos, pero también compelidas, como tales, a la alteridad.

¡Y es que vivimos el desbordamiento de un río sin cauce! Se exagera el pluralismo e inflan los derechos humanos de los dispersos, sin posibilidades de una garantía institucional cabal y efectiva como en el pasado. Ello provoca el desencanto manido con la democracia que tanto repiten las encuestas y los mismos enemigos de la democracia, por caminar aquéllas y éstos sobre la superficie.

A la inteligencia artificial deberá acompañarla, en conclusión y como solución, la prudencia digital del hombre, sin olvidar su señorío sobre la naturaleza.

### III. ¿DE REGRESO A ÍTACA?

Dos textos del Libro de los Libros que cito más adelante ilustran sobre el presente digital y lo extrañan de lo momentáneo, planteando graves desafíos. Consideran a profundidad y metafóricamente el dilema de corte filosófico, muy antiguo, no resuelto aún y existencial, entre la ciencia y el ser, entre lo sensible y lo brumoso, entre la fe y la razón que no desdice de lo instintivo. Explican el debate pertinente que replantean a inicios del presente siglo, observando las fuerzas de la globalización, Jürgen Habermas y Josep Ratzinger, luego recogido *in extensu* en el librito *Entre razón y religión: Dialéctica de la secularización* (FCE, Madrid, 2008).

Aquél, miembro de la Escuela de Frankfurt, señala que “una modernización descarrilada de la sociedad en conjunto podría aflojar el lazo democrático y consumir aquella solidaridad de la que depende el Estado... Y entonces se produciría la situación temida: la transformación de los miembros de las prósperas y pacíficas sociedades liberales en átomos aislados, que actúan interesadamente, que no hacen sino lanzar sus derechos subjetivos como armas...”. A lo que el Cardenal Ratzinger, a su turno, observa “que el cambio fundamental de visión del mundo y visión del hombre que se ha producido como resultado de los crecientes conocimientos científicos está implicado de manera muy esencial en la ruptura de viejas certezas morales”.

La ciencia actual, en efecto, escruta hasta en sus profundidades no solo a la naturaleza objetiva que nos ro-

dea, sino que busca derrotar la limitación temporal y material de la vida humana, e incluso disponer de esta como cualquier objeto de la naturaleza. Hace de cada hombre un dígito. Uno de sus primeros escalones es el descubrimiento del genoma humano citado, que ocupa y preocupa a la UNESCO, en 1997, al punto de declararlo “patrimonio” intangible de la humanidad, base unitaria de la familia humana, y fundamento de su diversidad.

Como lo narra Harari, citado, la ciencia confronta la creencia liberal de que el individuo es un «*in-dividu*», de esencia indivisible, poseedor de una voz interior clara y única, que es su voz auténtica, que le asegura en su libre albedrío. Afirma que “los organismos son algoritmos y los seres humanos no son individuos, sino «*dividus*», divisibles, como conjunto de algoritmos diferentes y desprovistos de una voz interior... Formados por genes y las presiones del ambiente, ellos toman decisiones de manera determinista o aleatoria”.

Pues bien, no le ha sido suficiente ello a la ciencia al punto de proponerse y alcanzar a repetir la chispa o partícula de Dios, como intentando mirarlo en su huella. Se monta sobre una máquina del tiempo –construida en Ginebra, el Gran Colisionador de Hadrones, que funciona desde 2008– para presenciar el momento en el que se origina el universo, su punto de ignición, el Big Bang ocurrido hace millones de años atrás.

Sobre un tren que parece no tener escalas generacionales a cuestas e incidiendo sobre la naturaleza humana, avanza, apoyada en la cibernética, a fin de ofrecerle a las

generaciones actuales y futuras la posibilidad de hacer de lo irreal una realidad virtual, o tomar de lo real sólo aquello que les sea útil o necesario. Las hace prescindir, como si no existiese y bajo su arbitrio técnico, del resto de la realidad que no interesa o que interesa sólo a los otros, a quienes sitúa como diferentes y les segmenta.

¿Se plantea, de tal modo, una vuelta al relato de la Odisea, donde Homero cuenta sobre la llegada de Ulises y los suyos al país de “los que comen flores como alimento” para olvidar quienes son y de dónde proceden? Como lo explica Inés M. Martín (*Regreso a Ítaca: Claves espirituales en la Odisea de Homero*, 2019): “Si se olvida el origen, la auténtica identidad y a qué estado hay que retornar, el regreso es imposible. Cuando el principio consciente o alma cae en el olvido, la identificación con el mundo material [léase, ahora, con el ecosistema virtual] es absoluta”.

De modo que, obra esto de la inteligencia, la artificial, acaso no tanto de la sabiduría por más trastornada que parezca en esta hora –de la obligación del ser humano de trascender a su condición animal para lograr justamente eso, la transcendencia, conocer las finalidades de la vida y no limitarse a caminar sobre la superficie– su realidad inevitable nos pone ante el dilema de revisar ex novo lo que es y ha sido la búsqueda constante de la verdad o de la esencia. ¿Se encuentra en la naturaleza o en el logro de las ciencias, o en el fuero íntimo y arbitrario de cada persona? ¿Dios ha muerto, como lo predica el progresismo de nueva onda, relectores de Nietzsche? ¿Todo vale, todo cabe?

El texto del Génesis transcrito supra, “no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal”, como lo veo, es una suerte de admonición, una advertencia que se nos hace para reconocer a los dioses terrenos, a los traficantes de ilusiones que renacen en el siglo XXI como líderes mesiánicos o los que nos llegan dentro de un software microscópico, cuyas estatuarias y cultos o su uso desviado, en el último caso, dan ahora cuenta de estados de incertidumbre, de insatisfacción al ritmo de las experiencias vitales que se atropellan; de violencia desbordada y sufrimiento acaso mayores a los conocidos durante el siglo precedente. Su penúltima escala, que fue el Holocausto como saldo, tiene como la siguiente su actual negación, y al perderse el sentido vivificador de la memoria.

No por azar, el Libro de la Sabiduría, al decir sobre la naturaleza de esta recuerda que “es un espíritu amador del hombre”. Y sanciona lo siguiente: “Amad la Justicia los que gobernáis la tierra”. “Guardaos, pues, de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, porque la palabra más secreta no quedará impune, y la boca embustera da muerte al alma”.

En la mentira, así sea la virtual o producto de la ciencia sin logos –es esta la enseñanza– cede la dignidad del hombre como persona y como ser, necesitado de la otredad.

En resumidas cuentas, cuando no se sirve a la verdad se trastoca a la esencia de lo humano, decaen los valores que conforman sus raíces, es decir, su cultura. Aún más, en su defecto la libertad o el albedrío quedan vaciados de sentido y desaparece progresivamente el cometido propio

de la “amistad civil” señalada (Javier Fernández Aguado, *Ética a Nicómano*, Madrid, 2009) como hoy se aprecia. En otras palabras, fenece la confianza –es constatable– y llega el reino de la inseguridad, negador de los proyectos de vida; desaparecen los lazos sociales y el espacio público, como la ciudad, y la experiencia de la convivencia y en paz, como acuerdo entre los corazones, saltan en pedazos.

La falacia en el hombre, el dejar de ser y volverse otro bajo los regímenes de la mentira que se conocen en el pasado siglo –el fascismo y el nazismo– y que en la actualidad identificamos en las redes digitales como noticias falsas o verdades manipuladas o descontextualizadas –en el ámbito de la llamada posverdad– desde ya hipotecan el uso de estas como instrumento maravilloso y de participación democrática. Ellas procuran algo muy complejo e inédito, a saber y antes dicho, declarar como real lo que satisface al consenso de las mayorías así sean meros espejismos.

Caben, al respecto, distintas preguntas que no encuentran respuestas a la mano.

¿Regresa la Humanidad hasta el Génesis o vuelve a Ítaca, en procura de un asiento memorioso que le salve de su orfandad, que le libere del temor a la inteligencia artificial inevitable y que por lo pronto sólo deifica sin racionalizarla? ¿Se impone la religión del «dataísmo», que, como lo explica Harari sólo estima datos y su maximización y su crecimiento exponencial en los medios, produciendo y consumiendo informaciones a cada segundo e ilimitadamente?

La realidad golpea en los rostros.

Hace pocas horas, llegan noticias desde Venezuela que relatan la entrada en vigor del Bio-pago. Colas interminables de empobrecidos y desdentados, víctimas de la miseria, son beneficiarios de una moneda virtual o criptomoneda que llaman Petro y mal pueden trocar por divisas u otras monedas, y como “zombies” muestran sus huellas para adquirir y cancelar sus alimentos de sobrevivencia, sólo dispensados en los almacenes de la dictadura.

#### IV. “POSDEMOCRACIA” DIGITAL

Distintos neologismos inundan o encuentran espacio generoso sobre las autopistas digitales y el manejo a conveniencia de las certezas que ellas aparejan a nivel global, algunos de ellos antes citados: pospensamiento, posdemocracia, pospolítica, posliberalismo, posverdad, poshumanismo. Todos a uno le abren espacio a un denominador común, el de la posmodernidad o “modernidad tardía” o “modernidad líquida” según Bauman (Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, FCE, 2000), a saber, el de la corriente en guerra contra todo aquello que impida la fractura o disolución de la solidez de las raíces sobre las que se sostienen los valores de la cultura occidental para su cabal y total eliminación, en su paso hacia otro ecosistema signado por el “progresismo”, relativizador de las verdades y realidades culturales, sociales, y políticas.

Dejo de lado esas expresiones, en lo particular la de posverdad que mejor aborda César Cansino [“Teorizando la posverdad. Claves para entender un fenómeno de nuestro tiempo”, Cátedra Mezerhane/IDEA, Miami Dade College, 29 de octubre de 2019], para decir junto a él, como abre bocas, que la “hipermodernidad” –término que, en efecto, sintetiza a los neologismos mencionados y acuña Gilles Lipovetsky (*Los tiempos hipermodernos*, Madrid, 2006)– significa movimiento, fluidez, flexibilidad, disociación con la tradición, e incertezas ante el futuro; concreta, al término, “un cambio drástico en los valores, las actitudes y los patrones de comportamiento que se construyeron trabajosamente durante siglos”. Y es eso lo que cabe asumir o lo que, como desafío, nos plantea su tamización responsable.

No se trata, como antes y según lo predicara el marxismo, de “derretir los sólidos”: la mineralización de las sociedades que se resisten a los cambios, “para hacer espacio a nuevos y mejores sólidos”. La tarea de construir un nuevo orden mejor para reemplazar al viejo y defectuoso –precisa Bauman– lamentablemente “no forma parte de ninguna agenda actual”.

La “disolución de los sólidos”, rasgo permanente de la modernidad, ha adquirido, según este, un nuevo significado: “la disolución de las fuerzas que podrían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política. Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos”, precisa.

En mi libro sobre *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos* (MDC, Miami, 2018) advierto que las democracias están muriendo, paradójicamente, a fuerza de elecciones; tanto como refiero que la posdemocracia, en lo específico, es “un anti-modelo o modelo de corte neofascista que diluye el entramado institucional y lo pone al servicio de hombres o líderes providenciales, quienes establecen una relación directa y paternal con el pueblo auxiliados por el mismo tejido mediático e inmediato de la globalización”.

Al abordar el capítulo “Entre el totalitarismo mediático y la ilustración de los millennials”, seguidamente cito la obra *La sociedad sitiada*, del mismo Bauman, pues hace una aproximación al argumento vertebral que significa, a manera de ejemplo, la mudanza actual de la prensa –columna de la democracia– desde su sitio de contralora y observadora del poder a distancia de este y como expresión de la opinión pública no institucional, al nuevo rol de eje articulador necesario e inexcusable del orden social y político; que es, para lo sucesivo, desorden y atomización del individuo –“átomo irreductible”, diría Lipovetsky– dentro de la democracia y en la sociedad de la información. No por azar el penúltimo autor habla de “levedad”, “fluidez”, “liquidez”, como palabras adecuadas para aprehender la naturaleza de lo actual.

Parece ser esta, justamente, la primera consecuencia o, mejor, el contenido de esa idea o concepto de “posdemocracia” planteada, primero en Caracas, en 1995, luego en Londres, en 2000. La izquierda la usa para referirse a un tiempo de colusión entre los gobiernos electos y las

élites económicas, interesados en deprimir la participación democrática y para la manipulación del ciudadano a través de las imágenes –el Homo Videns sartoriano (Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, 1998)– para beneficio de los primeros. Mas lo cierto es que, en ambas fechas, se apunta directamente a un mismo y más complejo hecho o contracara –la de Hugo Chávez Frías y luego la de Silvio Berlusconi– consistente en la final suplantación de las mediaciones institucionales de la democracia y la emergencia, mediante el manejo y disposición directa por éstos de los medios de comunicación social, en especial los radioeléctricos; para forjar una relación directa e inmediata entre el líder y su pueblo en diáspora o de regreso al nomadismo, al que intentan encarnar y para mostrarle a éste, como realidad, sólo la parte que recogen las imágenes y explican sus verbos.

Lo relevante, a fin de cuentas, es la tensión novedosa que ocurre entre el poder político y los medios de comunicación social contemporáneos durante el presente siglo, al constatarse que sin éstos no es posible contar más con la voluntad popular ni sostener su adhesión para realizar la gobernabilidad de nuestras sociedades. De allí la controversia acre y abierta entre los gobernantes de este tiempo inaugural y los dueños de los medios de comunicación denominados independientes y sus periodistas, no más con los partidos políticos o sus dirigentes, a los que consideran, sin equivocarse, agotados. De allí, además, la mudanza de esos gobernantes en jefes de redacción y periodistas de oficio, no tanto para fungir como censores

tradicionales de la opinión y la información, sino para ejercer la función pública apalancados en los mismos medios de información, en especial, en las redes digitales como instrumentos de gobernabilidad y gobernanza.

En la Venezuela de Chávez prende, así, una iniciativa, en 2004, que luego se extiende a la región y hace lugar a la adopción sucesiva de leyes de regulación de contenidos –llamadas de responsabilidad social– para la limitación de los medios de prensa y radioeléctricos, y la construcción de hegemonías comunicaciones de vocación totalitaria. Luego vendrá la adquisición por los gobiernos de esos países –a través de testaferros a su servicio– de las propiedades de los medios de comunicación tradicionales que se resisten a la censura o la reducción de sus espectros.

La experiencia de la democracia se ve afectada de tal forma y por obra de lo anterior, al trastornarse el principio de autonomía social y personal y el pluralismo indispensables para la misma democracia y su afirmación. Sin embargo, advertida luego la predominancia de la realidad digital –que impulsa la reforma posterior de las citadas leyes– se constata que el asunto va aún más allá.

Tras pasado el debate sobre si el mundo que nos llega a través del andamiaje tradicional o el digital es el real o el virtual o su simulacro o nos viene censurado, la velocidad y la sucesión de datos e informaciones que circulan través del Internet y las redes sociales evita, ahora sí y más que antes, el pensamiento, la racionalidad de los datos e informaciones que se reciben y son necesarios para

la definición por cada “ciudadano” de sus opciones en lo político y en lo social. E incluso para poder mensurar los efectos de la política en su vida personal o en la de su entorno. En contrapartida, sin embargo, el mundo de las redes igualmente dificulta la misma censura de los autoritarismos de nuevo cuño: dictaduras del siglo XXI, como las califica Osvaldo Hurtado, exgobernante ecuatoriano (*Dictaduras del siglo XXI. El caso ecuatoriano*, Kindle Edition, 2011), como lo muestra la experiencia.

Como de lo que se trata ahora, entonces, es que el medio disponible –ahora un PC, un celular digital, o una tableta, que recrea al Homo Twitter cansiniano– sea suficientemente amigable como para sostener la atención del ciudadano digital y cibernauta, los actores –gobernantes, políticos, editores, individuos– hacen acopio de una gama variada de insumos diversos, breves, que suministran al detal y según los gustos de cada consumidor de informaciones. La rapidez del suministro, por razón de la misma realidad digital, de suyo imposibilita la valoración de la calidad y veracidad de la información recibida y retransmitida sin pausa por unos y por otros. Piénsese en los insumos políticos, que tornan al conjunto noticioso en una suerte de casino, en el que se abren y cierran los juegos en un pestañar de ojos, sin segundos para advertir las trampas.

La política y la democracia, en suma, son hoy la obra de lo instantáneo. Lo que importa no es tanto el enlatado informativo tomado de la realidad y de su división a conveniencia o manipulado con vistas a la sensibilidad del receptor, sino que este se sienta a gusto, bombardeado

con datos capaces de sostener su fugaz atención; así se obvian los otros elementos que, como lo he señalado, conforman la realidad cabal, tal y como es. Ello explica, además, la fragilidad y transitoriedad o fugacidad de los liderazgos políticos y/o democráticos emergentes [Venezuela], quedando a salvo quienes se atrincheran en el poder hasta que las turbas digitales los echan o los liberan de sus cárceles [Bolivia, Brasil y Argentina] o quienes rompen el molde del relativismo comentado y apelan al sostenimiento unilateral de las raíces o valores nacionales [Estados Unidos y Gran Bretaña].

Admitida, pues, la declinación del Estado y el agotamiento de los partidos como diafragmas entre la sociedad civil y la sociedad política [vid. mi libro *La democracia del siglo XXI y el final de los Estados*, La Hoja del Norte, 2009], en la sociedad de la información posmoderna son el ecosistema digital y sus mecanismos los que ordenan o son capaces de pulverizar a las sociedades o de instalar en ellas narrativas políticas de oportunidad, a fin amalgamarlas circunstancialmente, mientras vuelven a su estado de liquidez adquirido: “Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo”, recuerda Bauman con agudeza.

Más importante que un líder partidario lo son esta vez un editor o periodista millennial, los llamados «guerreros del teclado». Son éstos los ejes del poder global y, eventualmente, los adversarios a confrontar o los aliados a ganar por parte de quienes aspiren a sus parcelas.

Lo cierto es que, desde ya, algunos protagonistas –piénsese en el Foro de São Paulo y su rostro político visible: el Grupo de Puebla– han aprendido a construir, al efecto y desde inicios del siglo corriente, tecnologías de eliminación (TDE). Entre tanto, los otros, sus opuestos y aquí sí, los iletrados digitales, no logran perfilar una tecnología para el sostenimiento de la libertad (TDL) y de servicio a la verdad.

## V. LA GUERRA DE NARRATIVAS

Sobre la posverdad, como elemento de juicio referido a la información sobre las redes, cabe decir que se cruza y retroalimenta con el de la “posdemocracia” antes referido. Cansino señala, en cuanto a aquella, que es “un momento en el que lo racional y lo objetivo ceden terreno a lo emocional o a las creencias formadas por los ciudadanos a partir de medias verdades o informaciones falsas”. Ocurre, por ende, algo muy insidioso, que destaca igualmente Henrique Salas Römer en *El futuro tiene su historia* (2019), a saber, la entronización de la guerra entre narrativas por el poder sobre las autopistas digitales, quedando atrás, como factores determinantes y de influencia la geopolítica, la beligerancia militar y entre los Estados, dominantes durante los siglos precedentes.

“La principal técnica de poder –dice Bauman– es ahora la huida, el escurrimiento, la elisión, la capacidad de evitar, el rechazo concreto de cualquier confinamiento territorial y de sus engorrosos corolarios de construcción y mantenimiento de un orden, de la responsabilidad por

sus consecuencias y de la necesidad de afrontar sus costos”; por lo que, durante las Guerras del Golfo y Yugoslavia, se golpea y huye con aviones invisibles o misiles inteligentes, sólo para diluir fronteras y también los muros intelectuales, ya no para conquistarlas sino para hacerla fluidas ante la realidad global diluyente de los enclaves.

No se trata, entonces y por lo visto, de la confrontación sana entre crónicas y opiniones sobre la realidad o sus encuadres conceptuales respectivos dentro del mercado democrático de las ideas lo que esté planteado, antes de trasladarlas a conocimiento del público con verosimilitud. Menos son las formas distintas de presentarlas, como ha sido lo propio de la prensa libre. Ahora se impone, en lo adelante, la generación de la narrativa o narrativas que mejor logran constreñir la realidad relativizándola o tamizar sus efectos con fines de competencia por el poder. Dado ello, como se observa, se acelera la apelación a los símbolos, a las sensaciones o las expectativas previamente mineralizadas en la gente; y, al multiplicárselas a través de las redes digitales, se busca situar a las narrativas del caso como dogmas de fe, asumidos no por pocos sino por los centenares de miles de internautas feligreses que creen en ellas, por sosegarles en sus aprehensiones e íntimos deseos.

En otras palabras, la mentira muda o muda en “verdad” o realidad virtual desde que recibe su santificación en los altares dispersos de la ciudadanía digital. Y quien así lo logra obtiene la victoria, incluso siendo fugaz por la misma naturaleza de la virtualidad.

Vayamos a otro ejemplo.

En las Américas hay coincidencia en cuanto a que Venezuela cede como Estado, es un Estado fallido. Medran o desaparecen sus dimensiones constitutivas: la espacial o territorial, canibalizada por actores externos y grupos criminales transnacionales; la personal o poblacional afectada por la diáspora; la institucional o de gobierno, por faltar este o por la virtualidad de los dos que hoy posee. En sus espacios, por lo pronto, se amalgaman estructuras paraestatales con las del narcotráfico y el terrorismo, en el marco de un holding que se dice gestionan emisarios cubanos y rusos. Ellos organizarían los negocios “políticos” tras los bastidores del progresismo y para influir en toda la región, devastando a sus democracias y creándose para su beneficio espacios de impunidad. Se trata, en la hipótesis, de un poder real y estructurado, no formal sino fáctico, sobrepuesto a la anomia digital y política corrientes, capaz de amortiguar su realidad ominosa usando de las mismas redes; apelando, al efecto, a los medios de la sociedad de la información y explotando el cuadro de desconfianza e incertidumbre social reinantes.

Los países europeos, con sus excepciones, antes bien insisten en que allí, en Venezuela, ocurre otra cosa. Mediarían una polarización, controversias entre políticos y banderías por deficiencias y diferencias democráticas originadoras de su crisis agonal, que sólo han de resolverse democrática y electoralmente, bajo tutela y con asistencia internacional.

Es pertinente, a todas éstas, preguntarse, ¿dónde queda el umbral que separa lo veraz de lo mendaz en ambas narrativas y sobre una misma realidad en crisis? ¿Tales ópticas chocan o son ángulos distintos de una misma realidad que sobrepasa y a la vez condiciona la división doméstica que se advierte entre los actores venezolanos, presas de una dinámica que les ha hecho renunciar a sus albedríos?

Pasan a un segundo plano, pues, dentro de tal perspectiva, el que tal choque de narrativas tenga su origen o se explique en algo entre tanto insoluble, a saber, la conjugación que hace Europa de su política exterior en clave antinorteamericana y su benevolencia frente al factor cubano, por también conjugar en clave antiimperialista.

Lo relevante es la importancia de las narrativas y su capacidad de juego y manipulación dentro del ecosistema digital, para el propósito político o de poder que tengan o se les haya establecido. He aquí lo sustantivo de la cuestión que nos ocupa y preocupa.

La noticia engañosa siempre ha existido, como la apelación a las emociones antes que, a la objetividad, y ha sido la nutriente de los populismos de toda laya. Mas, a la luz de lo señalado, se constata la presencia de un “círculo vicioso de desinformación” política, obra no tanto de un periodismo silvestre o subterráneo y sin editores, alimentado al caso por el narcisismo digital en boga, sino que es el producto de una lucha por el poder que deja de lado las reglas de lealtad en la competencia democrática. Incluso, relativiza los valores culturales susceptibles de

“instituir” y que, al menos, pueden suplir los agotamientos constitucionales y del Estado de Derecho que son inevitables, dado el cambio del ciclo histórico en cuestión.

El umbral de intolerancia frente a la mendacidad social y política, al paso, ha bajado, y es lo que cabe destacar. Tanto como, recién, ello causa un interés antes irrelevante por el escrutinio de la verdad, al que se vienen sumando las grandes plataformas [Google, Instagram, Facebook].

Quienes reciben información, la producen y circulan a través de las redes, también expanden, sin lugar a duda, el fenómeno de la participación democrática, vuelvo a señalarlo. Desafían a quienes tienen poder o buscan hacerse de un poder hegemónico mediante el choque digital de narrativas signadas por la posverdad. Pero estos, que son los menos, pero los más insidiosos, a través de Bots promueven con éxito predominante las Fake News que cubren la mayor parte de la actividad dentro de las redes que interesan a la política, destruyendo así la confianza; tanto como fracturan el tejido social restante y condicionan las alternativas políticas y también las electorales. He allí, no por azar, el caso de la trama rusa que conmueve los cimientos políticos de Estados Unidos.

Los Bots o generadores de comunicación no humana, según reseña Botomer [proyecto asociado de Indiana University Network Science Institute/IUNI y el Center for Complex Networks and Systems Research/CNetS], representaron el 67,6% de los seguidores en las redes del entonces candidato mexicano Andrés Manuel López

Obrador; en una experiencia que antes tiene lugar durante las elecciones estadounidenses en las que vence Donald Trump.

La cuestión de las Fake News o “contenidos deliberadamente falsos que se publican en sitios web cuya apariencia intenta ser formal y auténtica” [Paz Peña y otros, “Desinformación en Internet en contextos electorales de América Latina y el Caribe: Contribución regional de organizaciones de la sociedad civil ligadas a los derechos humanos en el entorno digital”, Buenos Aires, enero de 2019], en su origen y como se indicara, si bien destaca en los recientes procesos electorales, como también el de Jair Bolsonaro en Brasil, es un mal de antaño que sólo lo visibiliza la ciencia y hace exponencial.

Sin embargo, reducir a esto la explicación –la práctica artificial de crear perfiles falsos de personas o robados, y mentir fingiendo verdades mediante construcciones digitales de apariencia periodística veraz y con propósitos políticos y de poder– sería banalizar el contexto. Lo relevante es que junto a quienes, como detentadores de un poder real global o sobrevivientes de un poder político que declina en sus formas y contenidos forjan “noticias falsas” con aviesos fines, también copan el espacio cibernético un universo infinito de internautas o ciudadanos digitales que crean sus espacios propios crecientes, pero sólo con sus semejantes.

Estos buscan, reciben y transmiten informaciones por acción propia y asimismo sin mediadores institucionales, y reaccionan con ellas contra todas las formas de hege-

monía centralizadora del poder o de corrupción comunicacional. Las desafían y son su contrapeso, pero igualmente bajo una clave antidemocrática, la del bloqueo digital de los diferentes.

¿Será posible afirmar el derecho a la verdad por encima del manido derecho a la diferencia y las legítimas articulaciones sociales primarias que la parcelan o relativizan?, es otra pregunta que cabe formularse y reclama de respuesta.

Cansino, en buena hora sintetiza, no para lamentarse. Destaca, entre otros más, dos efectos de este inédito panorama: Uno, el paso de la sociedad de masas señalada –con cultura unitaria, atada a visiones compartidas y mineralizadas– a la individualización de la sociedad, que hace reparo difuso y diversificado contra todas las versiones oficiales de quienes se consideran detentadores del poder. El otro, el tránsito desde una sociedad de confianza parcial –que delega su destino en mandatarios o representantes– hasta otra de desconfianza cabal hacia todos los políticos.

Si bien en la confianza, incluso relativa, ayer radica la unidad social bajo un orden político dado y compartido, y es el cemento de la ciudad o polis, ahora, mediante la inevitable práctica de la ciudadanía digital y mientras logra educarse ella para atajar las irrealidades que se construyan como verdades, por lo pronto seguirá rigiendo una “sociedad de distanciamientos”, de seres aislados y prevenidos. Unidos todos, eso sí, al momento de expresar sus indignaciones y drenar sus desconfianzas, no sólo en-

tre ellos mismos sino fundamentalmente contra quienes no reparan en los ánimos predominantes en las redes y los desafían con desparpajo.

Cabe, sin embargo, introducir una variable que elabore, con pertinencia, Harari, en su breve historia del futuro ya mencionada. Oteando el porvenir a mediano plazo, a saber, observando el paso desde la sociedad de masas orteguiana, acaso alienada por las ideologías y/o un paso más adelante subordinada a las imágenes “que destronan a la palabra” [el dicho es de Sartori], hasta la presente individualización dentro de los colectivos [que puede significar, supuestamente, el reforzamiento del libre arbitrio conforme a la razón o a los deseos de los internautas: que rescatan la palabra breve y la atan al pedazo de imagen que la valide], bajo el dominio de la tecnología puede imponerse antes bien el mencionado «dataísmo», la religión o el imperio de la data o de los datos.

“En un primer tiempo, el dataísmo probablemente acelere las conquistas humanistas –salud, bienestar, poder– y satisfaga las aspiraciones [del ciudadano digital]. Más, el día en que, para acceder a la inmortalidad, a la felicidad y hasta a los poderes divinos de la creación [Homo Deus], requiramos de inmensas cantidades de datos [e informaciones] que sobrepasen nuestras capacidades humanas cerebrales [como Homo Sapiens y hasta como Homo Twitter], los algoritmos lo harán en lo adelante por nosotros, perdiéndose el sentido de los proyectos humanistas”, concluye el autor.

## VI. ÉTICA POLÍTICA Y PERIODISMO SUBTERRÁNEO

Todas y cada una de las personas tenemos derecho a la libertad de conciencia y de expresión o de prensa, como a los medios que las hagan posible. Conscientes que la lengua, tanto como construye destruye –lo señala Esopo, padre de la fábula– y de suyo la expresión nos relaciona con los otros para la procura de informaciones y opiniones recíprocas que hagan posible el discernimiento social y político, tales derechos tienen como límite el respeto al derecho de los otros y al honor y la dignidad humana. Se proscribire sólo aquello que incita a la violencia o la discriminación, debiendo aceptarse la expresión que irrita o incomoda, por muy dura que sea, cuando se la juzga indispensable para la formación de la opinión sobre asuntos que a todos interesan, como los políticos y públicos, no admitiéndose la censura.

Esto lo dicen los manuales. Esto predica, además, la doctrina más autorizada en Europa y en las Américas, que, a renglón seguido, como consta en la jurisprudencia de los tribunales internacionales de derechos humanos respectivos, admitiendo que se castigue la injuria o la difamación en el plano de lo civil, se resiste a la adjetivación de la información como veraz y por una sola razón: La información siempre es veraz y cuando no lo es, es desinformación.

En la experiencia conocida, esas invocaciones normativas a la veracidad –salvo cuando se las restringe al plano de los valores éticos y deontológicos– traen tras de

sí el propósito de imponer las leyes de control de contenidos citadas supra y para la afirmación de la propaganda de Estado y el culto del mesianismo.

No por azar, Rafael Caldera, al abordar la cuestión como gobernante y con su auctoritas de demócrata (“Instalación del Foro Iberoamericano sobre Comunicación e Información para la Democracia”, Caracas, junio 1997) advierte lo pertinente:

“No estamos proponiendo medidas restrictivas... Estamos aquí para discutir los valores éticos que deben guiar la conducta de los gobernantes... Para discutir los valores éticos que deben guiar a ese gran poder –cada vez mayor en el mundo– que es el poder de la información... La conducta ética de los informadores es juzgada por los lectores y por los usuarios de los medios de comunicación. Porque le pierden su confianza cuando se vulnera y se hace mal uso de un poder tan fundamental como el que tienen estos medios para las informaciones”.

La cuestión, en suma, es que hacen metástasis las fuerzas de la dispersión y la segmentación social, como lo hemos dicho y repetido. Se han invertido los cánones del periodismo y para la forja de informaciones, siendo otros los actores y diferentes las finalidades: ayer el Bien Común o interés colectivo permanente, en el presente la experiencia personal, fugaz e instantánea. No basta, he de admitirlo, el simple reclamo del servicio a la verdad, pues se quieren en lo adelante verdades a la medida, líquidas, y los internautas así lo están imponiendo. Ojalá fuese cierto que lo que vemos, como el fenómeno global de las Fake News, es el producto de una conjura, para unos, sobre to-

do para los periodistas y medios de prensa tradicionales, impulsada desde la Casa Blanca, y para otros, desplegada por el Foro de São Paulo y sus mascarones de proa, Cuba y Venezuela, suerte de sindicato que mixtura la política con la narco-criminalidad transnacional.

No los subestimo, ni a unos ni a otros, pero ser sabios es ser prudentes; aún más, es ir más allá de los árboles patentes –la cita de Ortega y Gasset se hace imperativa– hasta imaginar y sentir tras de estos al bosque latente. Es intentar encontrar el concepto, el sentido de las cosas, meditarlo, para despejar, lo diría este, las brumas alemanas sin perder la sensualidad latina, que sólo toca, pero no profundiza.

Se trata de eso, de relacionar eventos para entender al conjunto, pues eso es la sabiduría, que cabe reivindicarla dentro del ecosistema digital. Si no sabemos manejar sobre sus autopistas virtuales, o nos expulsan o nos cosifican. ¡Cuán poca cosa sería una cosa, al término, si fuera sólo lo que es en el aislamiento!, precisa el propio Ortega.

De modo que, he aquí una primera conclusión. Que las redes hagan expansiva y a la vez exponencial la maldad que anima a la mentira que desinforma y que transita dentro ellas –estando siempre presente en todos los medios y épocas– es cosa que debe tratarse; pero sin mengua de tener presente –pienso otra vez en Esopo y lo que de él nos recuerda Jorge Ignacio Covarrubias (“Las lenguas de Esopo”, *La Lengua Viva*, 9 de abril de 2014)– que la lengua “es el fundamento de la filosofía y de las ciencias, el órgano de la verdad y la razón”. La comunicación ata, la incomunicación que provoca el engaño

–tanto como su censura– disuelve; pues con la lengua, asimismo y según el fabulista de la Antigua Grecia, “se miente, con la lengua se calumnia, con la lengua se insulta, con la lengua se rompen las amistades. Es el órgano de la blasfemia y la impiedad”.

¿Hay mentiras para disolver lo conocido hasta el reciente pasado, o es el ambiente de disolución y desconfianza dominante el que ve a la verdad sólo en lo propio y jamás en lo ajeno?

Durante la Asamblea de la SIP, celebrada en Salta el pasado año, se adoptó una declaración complementaria de su Declaración de Chapultepec, fijando los Principios de la Libertad de Expresión en la Era digital. Allí leo lo siguiente: “El ecosistema digital ha generado nuevos espacios que empoderan a los usuarios para crear, difundir y compartir información. Todo ello contribuye a alcanzar las aspiraciones de la Declaración Universal de los Derechos Humanos para que la libertad de expresión se ejerza sin limitación de fronteras y exenta de amenazas y violencia”.

Dicho documento, a renglón seguido advierte que: “La diseminación maliciosa o deliberada de desinformación por parte de actores estatales o privados puede afectar la confianza pública. La desinformación no se debe combatir con mecanismos de censura ni sanciones penales, sino con la adopción de políticas de alfabetización noticiosa y digital. Los intermediarios tecnológicos deben adoptar medidas de autorregulación para prevenir la diseminación deliberada de desinformación”.

La Carta Democrática Interamericana, desde antes, prescribe a la transparencia como uno de sus estándares, es decir, a la realidad públicamente ventilada sobre las cuestiones que interesan a todos y forman a la cosa pública. La mentira, de suyo conspira contra toda elección informada y competitiva. Pero lo cierto es que no parecen interesar más las cuestiones públicas o comunes y las realidades que se transparentan son las que a propósito muestran, en su parcialidad, los mismos internautas interesados en validar sus “prejuicios” individuales.

Así las cosas, cabe decir que “la interacción de la política y de los medios de comunicación –como lo señala David Van Reybrouck (*Contra las elecciones. Cómo salvar a la democracia*, Madrid, 2017), al comentar un informe del parlamento neerlandés y a quien cito en mi mencionado libro *Calidad de la democracia*– es, por cierto, lo que explica, en igual orden, el creciente «incidentalismo» en la política ya señalado. Los medios viven de la noticia. En conversaciones con periodistas se ha observado que los incidentes llaman más la atención de los medios que los grandes debates que también se producen”. Y aquí se suma otro problema o desafío que traspasa al de las informaciones falsas o que manipulan las realidades (Fake News), a saber, que la preferencia por el incidente y/o las urgencias de la cotidianidad se vuelve contexto, perdiendo todo asidero la información de lo cabal.

La consecuencia de lo anterior no se hace esperar. “La sustancia de la política democrática (es decir, la manera de ser de una sociedad autónoma compuesta de in-

dividuos autónomos) es un proceso continuo de traducción simultánea: de los problemas privados en asuntos públicos cuando aquéllos adquieren relevancia colectiva, y de los intereses públicos en derechos y deberes individuales”, dice el autor al que me refiero. La operación, no obstante, es inversa en el mundo digital, por lo que más pesa en la política el comportamiento privado de los líderes que sus acciones orientadas a la resolución de los verdaderos problemas públicos.

De modo que, más allá de la veracidad o no de las informaciones que reclama el escrutinio de la democracia y circulan por las redes digitales, lo central es que parecen importar más los árboles que el bosque.

En el mundo de las redes en lo particular dado el ejercicio de democracia directa o “contra-democracia” instantánea inherente a la ciudadanía digital y que se concreta en la práctica habitual de un periodismo no profesional, otra de sus resultantes, en adición, es que se le ha puesto término final a la neta separación entre la intimidad o el ámbito privado o privativo de las personas y el espacio de lo público. Tanto que el internauta, si bien, por una parte, reclama verse protegido en sus datos personales y en el uso que hacen de ellos los grandes servidores o plataformas que sostienen al andamiaje de las redes, considerándolo abusivo, apenas le falta –lo dice bien con su giro metafórico el mismo Bauman– “instalar micrófonos en sus confesionarios y conectarlos a una red pública”. Por lo pronto, traslada sus dramas personales u orfandades morales, con sus lenguajes domésticos y coloquiales, al quehacer y la preocupación colectivas, tras-

tornando o a lo mejor renovando también el sentido y la finalidad trascendente de la política en la democracia. Aún no lo sabemos, pero cabe estar atentos, con espíritu crítico y abierto.

Otro aspecto pertinente y que ha de ser analizado oportunamente, en su cara y contracara, es que, a diferencia del pasado reciente, cuando las informaciones se siguen minuto a minuto, ahora llegan y se responden en segundos a través de las redes causando cacofonías, y degradándose el vehículo que comunica, la lengua. No sólo eso, lo que se advierte, por sobre la mentira, es la confusión deliberada y que a tal propósito se hace del significado cierto de las palabras; que es algo más que la explicable confusión entre las lenguas. Aquélla comienza a hacer imposible la movilidad de las audiencias e incrementa la parálisis de las percepciones distintas, por cuanto desfigura las realidades más que falsearlas. Téngase presente, al respecto, que por la lengua “entramos en la sociedad; por ella la sociedad entra en nosotros. Ella es la red que lanzamos sobre la realidad para pescar significación. No es otro conocimiento más: es la base del conocimiento», y de la cultura, a fin de cuentas (Asdrúbal Aguiar, “Leer y pensar en español”, Centro Virtual Cervantes, 2004).

La democracia de casino sobrevenida, la de usa y tire, la del chismorreo, la del hablar para oírse uno mismo, en fin, viene empujando a los políticos y de suyo a todos los que participan de la experiencia de la información libre, a ser y comportarse como celebridades u objetos de idolatría. La “política de vida” se idolatra en el político como

en los actores de teatro, en función de sus haceres íntimos y los deseos colectivos de emulación de lo personal. No cuenta más el valor de los gobernantes o aspirantes al poder que muestran un camino o un modelo de sociedad a seguir, salvo, por lo pronto y como lo hemos advertido, quienes se asumen como albaceas de una cultura amenazada y cuyos valores éticos logran incidir en la reflexión personal e íntima predominantes. En fin, como ocurre también en el mundo del espectáculo, la durabilidad del político se hace precaria, pero a la vez es intensa.

El tiempo y la consistencia la desgastan dentro de tal perspectiva, pues la política, en el siglo XXI corriente, viene ganada por el acontecimiento real o virtual: lo que titula y es noticia, y que como noticia fuerte sea capaz de concitar la atención antes de que otra la enfríe; lo que es, de suyo, la negación de la política como función integradora de lo social y con vistas al Bien Común.

Queda pendiente, entonces, lo que tantas veces predica el filósofo y jurista florentino Luigi Ferrajoli, es decir, resolver la falta sobrevenida de correspondencia y sincronía entre la globalización digital y de la información, que es un imperativo, con la territorialidad o localidad aneja a la política, dentro del Estado o dentro de la ciudad que es su escalón primario, al objeto de que la misma vuelva a reconstituir y le dé nueva portada, si cabe o es aún posible, a la democracia.

Este, nada menos, es el desafío ingente, inexcusable, que ha asumir y entender a profundidad el liderazgo social y político, apenas entrenado, vuelvo a machacarlo,

para el narcisismo digital y mejor llamado a construir estrategias de resistencia ante la mentira y al servicio de la verdad.

## **VII. POSTULADOS PARA LA CIUDADANÍA DE LOS INTERNAUTAS**

A guisa de las reflexiones precedentes, como ampliación de uno de los aspectos que ya trato en mi citado libro sobre Calidad de la democracia y a propósito de la incidencia de la Era de la Inteligencia Artificial sobre el orden social y político contemporáneos, caben algunas postulaciones mínimas y a partir de datos empíricamente verificables:

(1) La invertebración, indignación e inmediatez social que preceden o siguen al debilitamiento del orden estatal y de los partidos modernos como sedes espaciales o territoriales del poder; excluyentes de la actividad política formal, y facilitadoras, aquéllas, de neopopulismos de coyuntura y bajo formas de socialización inéditas. Vivimos lo que Bauman califica de «Modernidad líquida», comentada supra, al observar textualmente lo siguiente:

“Lo que se ha roto ya no puede ser pegado”, lo dice Bauman, antes de alertarnos: “Abandonen toda esperanza de unidad, tanto futura como pasada, ustedes, los que ingresan al mundo de la modernidad fluida. Ya es tiempo de anunciar, como lo hizo recientemente Alain Touraine, “la muerte de la definición del ser humano como ser social, definido por su lugar en una sociedad que determina sus acciones y comportamientos”.

(2) La inflación –más que una ampliación– en los derechos humanos; apuntalados para lo sucesivo sobre el derecho a la diferencia y dada la segmentación social en curso y, con ambos, el desbordamiento o desfiguración del pluralismo democrático.

(3) La exigencia de derechos como armas –repetimos a Habermas– y su contrapartida, a saber, la incapacidad institucional garantista de los mismos; causando esta las manidas decepción y desencanto democráticos, que lo son, esencialmente, con el Estado de bandera y sus expresiones políticas orgánicas.

Emerge, de tal modo, una corriente libertaria fuera de madre, no tanto anti-política, como inapropiadamente se lo afirma en el mundo de los partidos del siglo XX. Cansino la refiere de “contra-democrática”, citando a Pierre Rosanvallon [*La Contre-Démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Paris, Le Seuil, 2014], al consistir mejor en un contra poder difuso y en avance, acaso como respuesta al legítimo y señalado reclamo por la calidad de la democracia y sus finalidades últimas o sustantivas.

“La “contrademocracia” no es lo contrario de la democracia, según el último autor. Es la democracia contraria, la democracia de los poderes indirectos diseminados en el cuerpo social, la democracia negativa a la sombra de la democracia positiva (la de legitimación electoral)”, como lo señala el otro exégeta de Rosanvallon, Joaquín Estefanía (“La contrademocracia”, *El País*, 19 de marzo de 2007), antes de agregar que: “Un ejemplo de contra-

democracia son las permanentes manifestaciones en la calle, haciendo subsidiaria la apelación a las instituciones representativas”.

Lo señalado, entonces y como lo vemos, sugiere como imperativo una reflexión y una acción –más que re-constructiva– de construcción constitucional *ex novo*, que ha de instituir culturalmente de forma previa y darle salida a la realidad política digital en curso; ello, antes de que, por ausencia de un cauce apropiado, que ha de ser distinto e innovador, concluya todo, en su defecto, en el caos: ora en la citada explotación populista de las manifestaciones o tomas de calle que anegan al planeta y amenazan exacerbar a la “democracia de vigilancia” y la “estigmatización permanente de las autoridades” por parte de todos, no sólo de las izquierdas violentas que las aprovechan y estimulan, ora, como derivado, en la mineralización de una “masa negativa” ajena a toda idea posible de sociedad. El paso seguro desde la olocracia griega hasta la dictadura, como fatalidad, estaría de tal suerte asegurada.

Lo primero, en todo caso, es lo que sugería Sartori cuando ayer se muestra preocupado por la video-política, admitiendo que su crítica [“la cultura audiovisual es inculta y no es cultura”] no frenará su avance: “para encontrar soluciones hay que empezar siempre por la toma de conciencia” y el señalado «instituir».

Si las premisas que se advierten o muestran dentro del ecosistema digital y a propósito de la política o de la “política contraría” son, en suma:

- (1) La comunidad de desconfiados que sobreviene a la sociedad de la confianza;
- (2) la individualización de los comportamientos y reclamos subjetivos dentro de las colectividades y sus solas coincidencias en el enojo común; y
- (3) el predominio de la intimidad en la configuración de los comportamientos públicos, con el desplazamiento de la sociedad de masas y de las ideas abstractas del interés nacional o general, o de bien común o de bien público;

A manera de ejercicio pueden sugerirse tres propuestas instituyentes y de principio, amén de correlativas:

- (a) Ante la desconfianza que hace metástasis, ha lugar al encuentro de un hilo conductor mínimo que ate a los desconfiados, que les fije un denominador común respetuoso de sus diferencias mientras actúan como polos múltiples, fundamentalistas, extremos, dispersos y exponenciales dentro de la realidad virtual. Podría ser, acaso, el hilo del servicio a la verdad y un acuerdo sobre códigos y símbolos mínimos de comunicación –de lenguaje neutro– compartidos, para que cada uno de aquellos pueda comunicarse efectivamente y rescatar alguna parte de la confianza social y política perdidas. Se ganaría, así, un espacio de seguridad superior a cada caverna o nicho, a cada burbuja digital.

Vale aquí, el ejemplo del camping referido por el mismo Bauman y que es también propio del modelo de transporte UBER extrapolado a la vida social y política:

*“El lugar está abierto a todos aquellos que tengan su propia casa rodante... Los huéspedes van y vienen, a nadie le interesa demasiado cómo se administra el lugar en tanto y en cuanto a los clientes se les asigne el suficiente espacio como para estacionar su casa rodante, los enchufes y [que] los grifos estén en buen estado y los propietarios de las casas cercanas no hagan demasiado ruido... Lo que esperan de los administradores... es que tan solo los dejen tranquilos y nos los molesten... Son proclives a la intransigencia cuando se trata de defender su derecho a los servicios prometidos, pero por lo demás prefieren hacer su vida y se enojan si alguien pretende impedirles el acceso a ellos”.*

(b) Entre la reducción y la dispersión de los derechos humanos los fundamentales y los que reivindican quienes se asumen como diferentes o particulares al conjunto, es posible, ora mediante la concertación de éstos en el plano de unos derechos “intermedios” que faciliten su tutela efectiva y la reducción del desencanto dentro de la polis, otra a través de otras formas de diferenciación institucional o desagregación espacial del poder para la garantía real de unos y de otros.

(c) Siendo lo predominante el “yo” digital, es conveniente la reformulación de los medios y formas de relación entre el quehacer político y la cotidianidad de la vida humana, no más entre la sociedad civil y la sociedad política, separadas por los partidos como diafragmas; fortaleciéndose, al efecto y posiblemente, el odre de las ciudades o municipios o el de naturaleza comunal, y resolviéndose así, por ende, el deterioro del valor del espacio geopolítico nacional dada la revalorización de la inmediatez y temporalidad en los contactos entre los ciudadanos, ahora digitales y montados sobre las redes.

## VIII. LA VERDAD, HILO CONDUCTOR ANTE LA DESCONFIANZA

Mientras se arbitran y alcanzan los consensos que faciliten lo anterior, que se hacen agonales y reclaman de paliativos y metodologías que impliquen a los actores distintos del novísimo ecosistema digital y líquido, cabe ser conscientes del contexto transicional que resulta inexcusable admitir. Tanto como se debe tener presente que, a fin de resolver sobre los desafíos planteados, tales actores deben estar persuadidos de la necesidad de:

- (1) Encontrar soluciones innovadoras dentro de las posibles, sin renuncia de los valores trascendentes que aseguren la convivencia.
- (2) Arbitrar que tales soluciones sean justas o legítimas, sin hipotecas que sostengan la mirada sobre el retrovisor de la historia, que no sea más que para escrutar experiencias y deducir principios que trasvasen a lo espacial-temporal.
- (3) Discernir fórmulas de comunicación igualmente efectivas entre los actores concernidos, para que no se trastorne la transición por eventuales desacuerdos sobre los niveles de relación aceptables, sin perjuicio de las diferencias.

Dentro de tal período de transición, en lo actual y en los espacios donde aún funciona de manera razonable la Justicia constitucional, puede ella ir salvando y asegurando los activos de libertad salvables; otras veces puede ir purificando y reformulando los estándares de la demo-

cracia, para mejor resituarlos en el ecosistema que ya es distinto y no solo diferente.

La democracia, no lo olvidemos, en el siglo XXI es un derecho humano de todos o un derecho integrador de los derechos (Asdrúbal Aguiar, *El derecho a la democracia*, Caracas, EJV, 2008), no más un procedimiento para la formación y organización del poder dentro de un Estado, en una relación de espacio y tiempo que declina. Y, como tal derecho es, *in totus*, derecho a todos los derechos, los tenidos como derechos humanos por ser éstos los que son todos para todos; sobre todo es derecho a la verdad como único antídoto contra la dispersión y contra las narrativas que intentan, bajo el mote de progresismo, desmovilizar el espíritu crítico y diluir los patrones culturales e históricos que deben restarnos para que no seamos, por ser humanos, briznas de paja dentro del huracán de la revolución digital.

Vale aquí, respecto de esa condición existencial, la de la verdad y en tiempos de posverdad como los que corren, lo que concluye el propio Cansino, a saber, que estamos en presencia de dos escenarios posibles y perturbadores al efecto:

- “1) Seguir expuestos a la industria de la mentira o lo que [Christian] Salmon llama estructura subterránea, que emplea a falsos periodistas, encargados de producir y difundir falsas noticias; y
- 2) continuar con el uso indiscriminado de campañas negativas en los procesos electorales que no solo afectan la legitimidad del sistema y sus actores, sino la gobernabilidad y la articulación de posibles consensos”.

Él, en lo concreto, sugiere estudiar más a fondo el tema de “la posverdad en el terreno de lo político” y con preferencia.

Servir a la verdad dentro de la democracia y asumirla como derecho –¿a la democracia, a los derechos?– permite, entonces, cauterizar la mentira como fisiología de los populismos autoritarios y reguladora de la virtualidad informativa en tiempos de globalización y también de incertidumbres.

La Comisión Europea, el pasado año, prevenida ante lo explicado envió al Parlamento Europeo y al Consejo, su enfoque para enfrentar “La lucha contra la desinformación en línea”, fijando de consiguiente varios principios: aumentar la transparencia sobre el origen de las informaciones, promover la diversidad de las informaciones para que los ciudadanos mantengan un pensamiento crítico, proporcionar indicadores de fiabilidad [Alertadores Fiables] y mejorar la traza de las informaciones como la autenticación de los proveedores influyentes, y al término, obtener soluciones con la participación de todos los actores y procurar la “alfabetización mediática”.

La cuestión de la verdad como búsqueda, en fin, y ello también conviene aclararlo, no debe confundirse con la verdad de Estado e incluso religiosa y sus cargas históricas e ideológicas como sus elevados costos durante el Medioevo y la modernidad; prorrogados hasta nuestros días dentro de determinados espacios políticos, como el del socialismo del siglo XXI e integradores hoy de un verdadero museo antropológico.

La verdad en la democracia y dentro de la “modernidad líquida”, anegada de prevenciones y desconfianzas que se universalizan, es, ahora más que nunca, visibilidad, transparencia, rendición de cuentas, decisiones públicas de lo público, deliberación y control abiertos bajo la mirada y/o participación de los actores sociales reales, en suma, es reconocimiento por el poder de la dignidad inalienable de la persona humana. Pero no basta.

La razón seguirá siendo una instancia inderogable, en la medida en que a la vez se la entienda como la adecuada al Homo Twitter, que hace predominar, todavía con desorden, la razón humana propia, nutrida de sensibilidad, y reclama respeto por los fueros de la fe civil o religiosa, de las creencias no verificables pero legítimas de quienes deciden abandonar la civilización de lo sedentario, repetir la experiencia del nomadismo, a fin de vivir en un mundo de experiencias sin espacios ni tiempos que las hipotequen.

Este Homo Twitter, que arriesga su destrucción de volverse Homo Deus ex Machina y de no ser rescatado como centro y finalidad de la ciencia y la civilización, por lo pronto espera de un ambiente y perspectivas que le aseguren en su propio proyecto de vida: que sea efectivo, estable, humanamente aceptable, al término fundado, insisto en esto, en el principio supremo de la Justicia, en el criterio político y jurídico Pro Persona o Pro Homine.

“Occidente siente un odio por sí mismo que es extraño y que sólo puede considerarse como algo patológico; Occidente, sí, intenta laudablemente abrirse, lleno de

comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; sólo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo, al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro... Necesita de una nueva –ciertamente crítica y humilde– aceptación de sí misma, si quiere verdaderamente sobrevivir”. Joseph Cardenal Ratzinger, “Fundamentos espirituales de Europa”, Roma, 2005.

“La justicia, como todo valor, posee intrínsecamente un deber ser ideal, propio de su valencia. El valor vale, y vale, aunque no esté realizado. La no realización o la realización humana del valor en nada afectan –ni en menos ni en más– la valencia íntima del valor. Pero el valor no realizado nos permite deducir del deber ser ideal un deber ser actual: es el deber ser actual de que la injusticia cese; y de él, a su vez, surge un deber de actuar para que, siendo posible la realización del valor, se realice; o, lo que es lo mismo, un deber de actuar para que la injusticia cese efectivamente”. Germán J. Bidart Campos, “La teoría trialista del mundo jurídico según Werner Goldschmidt”, *La Ley* 25-899, Buenos Aires.

## BIBLIOGRAFÍA

AGUIAR, Asdrúbal. “Derechos humanos y humanismo cristiano”, *Mundo Nuevo*/47, *Revista de Estudios Latinoamericanos*, Año XIII, N°1, Caracas, enero-marzo 1990.

\_\_\_\_\_. “Leer y pensar en español”, Congreso Internacional de la Lengua Española, Centro Virtual Cervantes, Rosario, Argentina, 2004.

\_\_\_\_\_. *El derecho a la democracia*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana, 2008.

\_\_\_\_\_. *Calidad de la democracia y expansión de los derechos humanos*, Editorial Jurídica Venezolana International/Miami Dade College, Miami, 2018.

BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*, FCE, México, 2000.

\_\_\_\_\_. *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires, 2007.

BIDART CAMPOS, Germán J. “La teoría trialista del mundo jurídico según Werner Goldschmidt”, *La Ley* 25-899, Buenos Aires, 1967.

CALDERA, Rafael. “Instalación del Foro Iberoamericano sobre Comunicación e Información para la Democracia”, Caracas, junio 1997.

CARDENAL RATZINGER, Joseph. “Fundamentos espirituales de Europa”, Roma, 2005.

CASINO, César. “Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”, *Temas y Debates* 14, Dossier, diciembre 2007.

\_\_\_\_\_. *Del Homo Videns al Homo Twitter: Democracia y redes sociales*, Jorge Calles Santillana, Martín Echeverría [Editores], Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Comunicación Política/4, Puebla, 2016.

\_\_\_\_\_. “Teorizando la Posverdad: Claves para entender un fenómeno de nuestro tiempo”, IV Diálogo Presidencial de IDEA, Miami, 29 de octubre de 2019.

Comisión Europea, La lucha contra la desinformación en línea, un enfoque europeo. Comunicación de la Comisión al Parlamento Europeo, al Consejo, al Comité Económico y Social Europeo y al Comité de las Regiones, Bruselas, 26 de abril de 2018.

COVARRUBIAS, Ignacio. “Las lenguas de Esopo”, *La Lengua Viva*, 9 de abril de 2014.

ESTEFANÍA, Joaquín. “La contrademocracia”, *El País*, 19 de marzo de 2007.

FERRAJOLI, Luigi. *Principia Iuris. Teoría del derecho y de la democracia*, 2, Trotta, Madrid, 2007.

Francisco. *Evangelii Gaudium, Exhortación apostólica*. Vaticano, 2013.

GOLDSCHMIDT, Werner. *La ciencia de la justicia* [Dikeología], Aguilar, Madrid, 1958.

HABERMAS, Jürgen y RATZINGER, Josep. *Entre razón y religión: Dialéctica de la secularización*, FCE, 2008.

HARARI, Yuval Noah. *Homo Deus. Une breve histoire du futur*, Albin Michel, Paris, 2015.

HURTADO, Osvaldo. *Dictaduras del siglo XXI. El caso ecuatoriano*, Kindle Edition, 2011.

KUTSCHAT HANNS, Daniela. “Cuerpo-tecnología: Una cuestión de interfaz”, en la obra colectiva de Ileana HER-

NÁNDEZ GARCÍA, *Estética, ciencia y tecnología: Creaciones electrónicas y numéricas*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2005.

MARTÍN, Inés M. *Regreso a Ítaca: Claves espirituales en la Odisea de Homero*, 2019.

MEYER, Thomas. “El fundamentalismo en la República Federal Alemana”, *Debats* 32, Madrid, junio de 1990.

PUIG, Juan Carlos. *Integración latinoamericana y régimen internacional*, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas, 1987.

SALAS RÖMER, Henrique. *El futuro tiene su historia, el reto de comprender*, Ediciones de la Parra, Branford, Connecticut, 2019.

SARTORI, Giovanni. “¿Where is Political Science Going?”, *PS*, Vol. 37, N°4, October 2004.

\_\_\_\_\_. *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Buenos Aires, 1998.

TUSELL, Javier. “Posliberalismo”, *El País*, 10 de abril de 2001.

VAN REYBROUCK, David. *Contra las elecciones. Cómo salvar a la democracia*, Random House, Madrid, 2017.

## ÍNDICE GENERAL

*Presentación* ..... 9

*Palabras liminares* ..... 13

### TÍTULO PRIMERO LA POSVERDAD

#### A MANERA DE INTRODUCCIÓN:

#### LA OEA Y LAS NOTICIAS FALSAS

Luis ALMAGRO ..... 19

#### TEORIZANDO LA POSVERDAD. CLAVES PARA ENTENDER UN FENÓMENO DE NUESTRO TIEMPO

Cesar CANSINO

I. INTRODUCCIÓN ..... 24

II. ¿QUÉ ES Y QUÉ NO ES LA POSVER-  
DAD? ..... 26

III. CAMBIOS CULTURALES Y POSVER-  
DAD ..... 31

IV. LAS NARRATIVAS DE LA POSVER-  
DAD ..... 52

V.	UN PARADIGMA LLAMADO TRUMP .....	55
VI.	A MANERA DE CONCLUSIÓN .....	64
	POST SCRIPTUM.....	66
	BIBLIOGRAFÍA.....	70

**TÍTULO SEGUNDO  
LOS DESAFÍOS**

**A MANERA DE INTRODUCCIÓN:**

**NOTICIAS FALSAS Y DEMOCRACIA:  
LA GRAN OPORTUNIDAD**

Ricardo TROTTI ..... 81

**MÁS ALLÁ DE NUESTRA HISTORIA: POLÍTICA E  
INFORMACIÓN EN EL ECOSISTEMA DIGITAL**

Asdrúbal AGUIAR

	PRELIMINAR: EL “POSHUMANISMO” .....	92
I.	MÁS ACÁ DE LAS POLÍTICAS PÚBLI- CAS .....	97
II.	HACIA LA FUSIÓN DEL CUERPO CON LA MÁQUINA .....	103
III.	¿DE REGRESO A ÍTACA?.....	108
IV.	“POSDEMOCRACIA” DIGITAL.....	113
V.	LA GUERRA DE NARRATIVAS.....	120
VI.	ÉTICA POLÍTICA Y PERIODISMO SUB- TERRÁNEO.....	128

VII. POSTULADOS PARA LA CIUDADANÍA DE LOS INTERNAUTAS.....	136
VIII. LA VERDAD, HILO CONDUCTOR ANTE LA DESCONFIANZA.....	141
BIBLIOGRAFÍA.....	145

